



# Libre elección

BEGOÑA GAMBÍN



**SELECCIÓN**  
*Ciencia ficción*  
*juvenil*

# Libre elección

*Begoña Gambín*



1.ª edición: agosto, 2017

© 2017 by Begoña Gambín

© 2017, Sipan Barcelona Network S.L.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Sipan Barcelona Network S.L. es una empresa

del grupo Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-822-8

Gracias por comprar este ebook.

Visita [www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com) para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*A mis hijos, porque utilizan la palabra cuando quieren defender una idea,  
a sus amigos y a todos los jóvenes, porque ellos son el motor de la  
sociedad.*

# Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Agradecimientos

Promoción

# Capítulo 1

*Es libre quien vive según su elección.* Sus ojos seguían esa frase escrita en la pared mientras su cuerpo continuaba andando. Sin casi meditarlo, levantó su brazo izquierdo en cuya muñeca llevaba la pulsera donde tenía incorporado su dispositivo de comunicación y apretó el botón de la cámara de fotos con el dedo índice de su mano derecha. Nada más bajar el brazo, vio por el rabillo del ojo, que llegaba un escuadrón de limpieza e inmediatamente eliminaba la pintura de la pared.

No era nada extraño ya que la limpieza era impoluta en toda la ciudad y en cuanto había el más mínimo atisbo de suciedad captada por las miles de cámaras que pululaban por toda la urbe, las personas encargadas de ello acudían raudas a solucionarlo.

Atena sintió en su interior algo raro. Volvió a levantar su brazo izquierdo y buscó en el dispositivo la foto que acababa de realizar. *Es libre quien vive según su elección*, releyó. No entendía por qué le habían trastornado esas palabras.

En el año 2.150 ya no se hablaba de la búsqueda de la libertad porque esta existía en todo el planeta. Atena había estudiado en sus clases de historia que hasta hacía relativamente pocos años atrás, en nombre de la libertad, la gente se sublevaba y luchaba. Según su profesor, había personas que vivían en las calles, sin casas donde guarecerse, había delincuencia, pobreza y cárceles dónde encerraban a la gente que cometía algún delito. El mundo no era feliz.

Atena pensaba que había tenido mucha suerte por vivir en esta época. Toda la población de la Tierra vivía ahora en el hemisferio norte constituyendo un solo país, Gaia, cuya capital se encontraba en la antigua isla de Gran Bretaña. Toda la isla era Metrópolis, el centro neurálgico de la nueva nación.

Gracias al desarrollo de las tecnologías el planeta se había dividido en dos zonas climáticas para compensar la atmósfera. El tiempo era controlado por un

sofisticado programa de ordenador y en la parte norte se vivía una perpetua primavera/verano/otoño con temperaturas de climas cálidos y la parte sur permanecía en una helada y casi permanente tormenta. Nadie, salvo la propia flora y fauna, vivía allí. Esto no quería decir que no se tuviese cuidado del medio ambiente, sino todo lo contrario. Era una época de máxima concienciación debido a los desmanes cometidos en el pasado. Una de las metas propuestas con más afán para desarrollar por el gobierno era la creación, gracias a la tecnología, de soluciones viables capaces de conseguir efectos directos e indirectos que controlasen un perfecto medio ambiente.

La utopía se había convertido en realidad y en Gaia todo el mundo era feliz. Todo funcionaba en un perfecto orden obteniendo cada cual lo que pretendía.

Atena continuó con su paseo por la Gran Avenida de la Unión hasta el edificio donde trabajaba su madre. Pasó su dispositivo por el escáner de la puerta para tener acceso a su interior. Se introdujo en su amplio y níveo vestíbulo atravesándolo hasta la zona de ascensores. Sus pasos retumbaban en las cristalinas plaquetas del suelo oyéndose con claridad. El vestíbulo del edificio gubernamental destinado a las Relaciones Continentales se encontraba vacío. Como era normal en todos los edificios de oficinas, los únicos que ocupaban el espacio físico eran los ordenadores dentro de cada sala organizativa. Los trabajadores se ocupaban de sus tareas desde casa y solo acudían a la oficina en ocasiones para solucionar algún problema en concreto. Todo se organizaba a través de la red de ordenadores.

La joven se introdujo en uno de los ascensores, pulsó el botón del piso dieciocho y se giró para observar la ciudad a través de los amplios cristales del ascensor. Hacía una mañana preciosa, como siempre. El sol se reflejaba en el aluminio y en los cristales de algunos de los rascacielos que se podían divisar desde el edificio en el que se encontraba. La Gran Avenida de la Unión cruzaba la ciudad de un extremo a otro, a lo largo de kilómetros y kilómetros, de norte a sur, desde una costa hasta la otra y era la columna vertebral desde la que salían todas las ramificaciones del gran jardín que constituía la capital de Gaia. Desde allí arriba había una vista espectacular del entramado de largas

arboledas, amplias veredas, bosquecillos, estanques, ríos y demás zonas verdes que se entremezclaban con las viviendas unifamiliares que componía toda Metrópolis.

La gran capital estaba dividida en sectores. Atena se encontraba en el sector 1 donde se hallaban los edificios gubernamentales más importantes y la sede central de TEFUCO (Technology and Future Corporation). En cada sector vivía la gente que desarrollaba su trabajo en él y compartían todas las infraestructuras necesarias para hacer sus vidas agradables. Eran pequeñas ciudades cuyo fin era la autosostenibilidad y el ahorro energético. Todos los individuos solían ir andando a todos lados, concienciados del cuidado medioambiental, aunque todas las familias disponían de autos eléctricos. También era muy utilizada la red subterránea del metro para ir de un sector a otro.

El ascensor se paró en la planta del departamento donde trabajaba su madre. Se abrieron las puertas y Atena salió dirigiéndose hacia la puerta tras la cual debía encontrarse. En cuanto entró, pudo distinguirla enseguida junto a dos mujeres más mirando una pantalla de ordenador de entre la docena de pantallas que estaban distribuidas por esa sala y que pertenecían a sendos ordenadores.

Las tres mujeres oyeron el ruido de la puerta al abrirse y levantaron la cabeza mirando en dirección hacia Atena. Cuando vieron quién entraba en la sala, una amplia sonrisa se dibujó en la cara de dos de las tres mujeres.

—¡Atena! ¡Cuánto tiempo! —exclamó Janette, compañera de trabajo de su madre desde hacía varios años.

Era una mujer bajita, muy menudita, con rostro con rasgos pequeñitos pero simpáticos. A Atena siempre le había caído muy bien. Todo lo contrario de la otra compañera de su madre que completaba el trío. Era una mujer de cuerpo alto y excesivamente delgado y con un rostro enjuto que proclamaba a los cuatro vientos la sequedad de su carácter.

—Hola, Janette. ¿Qué tal, señora Hopkins? —dijo dirigiendo sus pasos hacia ellas.

—Cariño, ¿qué haces aquí? —preguntó su madre yendo a su encuentro.

Minerva Sellers era de complexión media, morena de piel y pelo y con un rostro expresivo, lleno de bondad. Para Atena era la mejor madre del mundo.

—He visto en el GPS que estabas aquí y como me encontraba cerca, he venido para saber si querías comer conmigo.

—Claro que sí, cielo. Si me esperas dos minutos, estoy contigo.

—Perfecto. Te espero.

Mientras su madre y la señora Hopkins volvían al ordenador, Janette se acercó a Atena y cogiéndola de los brazos le dijo:

—¡Madre mía, Atena! ¡Estás guapísima! —dándole un repaso de arriba a abajo—. Te has hecho toda una mujer.

Atena llevaba el cabello en una melenita corta y de color moreno como su madre, aunque era de tez clara como su padre de quien también había heredado sus ojos azules. Su cuerpo estaba bien moldeado y enfundado en el mono corto de color plateado que llevaba se le podían apreciar todas sus curvas además de sus largas y bien torneadas piernas. Hacía medio año que había cumplido los diecisiete años y su complexión había tardado un tiempo en formarse. Hasta hacía bien poco, casi todo el mundo la confundía con un chico por su cuerpo sin curvas y su pelo corto. Pero de la noche a la mañana, la oruga había salido de su crisálida y se había convertido en una maravillosa mariposa.

—Gracias, Janette, eres muy amable.

—Dentro de nada cumples los dieciocho años, ¿no?

—Sí, me faltan unos meses.

—Estarás deseando que llegue la hora de implantarte el GUÍA.

Atena se paralizó durante breves instantes.

—Sí, claro...

—¿Qué pasa, preciosa? ¿Tienes algo de miedo a la intervención?

—No, no, claro que no.

—Así me gusta. Supongo que ya te habrán explicado que el chip se instala

en nuestro cerebro con una levísima incisión y sin peligro de ningún tipo.

—Sí, lo sé. Me lo explicaron mis padres y en la academia nos dieron toda la información necesaria por un técnico de TEFUCO.

—¡Estupendo! Comprobarás qué cambio da tu vida con el GUÍA. Es maravilloso. En poco tiempo será imprescindible en tu día a día, ya lo verás. Es fantástico no tener que preocuparse por el futuro. —La compañera de Minerva la miró fijamente. Cogió a Atena por el brazo y la hizo avanzar—. Vente conmigo, guapa, esperaremos a tu madre en una sala que hay aquí al lado.

Janette la guio hasta una habitación decorada con muebles cómodos y funcionales. Las dos se sentaron en un sofá, una al lado de la otra.

—Atena, he visto en tu rostro que, pese a lo que digas, te preocupa la intervención, aunque te lo hayan explicado. Lo sé porque a mi hija le pasaba lo mismo. Te aseguro que he visto la misma cara de mi hija en la tuya —le dijo con ternura—. Si quieres, puedo decirle a mi hija que hable contigo, seguro que ella podrá ayudarte. Acaba de pasar por lo mismo y ahora se ríe de sí misma cada vez que se acuerda.

Desde hacía casi cinco décadas que, por ley, cuando cada individuo cumplía los dieciocho años, se le injertaba en el cerebro un chip con un programa, el GUÍA. Este programa servía para dar respuesta a cualquier duda, planteamiento o deseo que tuviese su poseedor, eligiendo siempre la mejor opción para sí mismo, como por ejemplo los estudios a realizar, el mejor trabajo o la pareja ideal. Era un programa desarrollado por TEFUCO quién controlaba el mercado de nuevas tecnologías desde que había conseguido implantar el GUÍA en toda la sociedad.

Cuando salió al mercado este programa, se convirtió enseguida en una revolución tecnológica, siendo adquirido en masa por la inmensa mayoría de los ciudadanos. Por aquel entonces, el GUÍA, analizaba los problemas planteados individualmente, pero al producirse una red masiva, se creó una base de datos colectiva que conseguía interrelacionar a cada individuo con el resto de la sociedad.

Al cabo de unos años, el gobierno de Gaia aprobó primero la implantación del GUÍA en todos los adultos y posteriormente la obligación de unirse a la red al cumplir la mayoría de edad. Por tanto, todas y cada una de las personas adultas tendrían este chip en el cerebro que utilizarían para entrelazar a las personas y determinar su destino.

—Ya estoy —interrumpió Minerva—. Podemos irnos.

Las cuatro salieron de la sala y se dirigieron hacia el ascensor.

—¿Qué ha pasado para que hayas tenido que venir aquí, mamá?

—Nada importante, Atena, un pequeño problema de *hardware*.

—Entonces, ¿comemos juntas por ahí o volvemos a casa?

—Comemos en el establecimiento de comida de la esquina y luego vuelvo a casa a trabajar. ¿Os apuntáis? —dijo Minerva dirigiéndose a sus compañeras.

—No, gracias Minerva, he de volver a casa para terminar enseguida un informe que estaba realizando y que tengo que presentar esta tarde.

—Yo tampoco puedo quedarme —aseveró la señora Hopkins.

—Bueno, pues ya nos vemos por la red esta tarde —dijo Minerva despidiéndose de las dos mujeres.

—Dime, Atena, ¿qué hacías tú por aquí? —preguntó cogiendo a su hija del brazo y comenzando a andar en cuanto salieron del edificio.

—He ido a la academia para recoger algo de material para el próximo trimestre —explicó señalando la mochila que llevaba en su espalda.

—¿Hoy no has tenido clase?

—Sí, esta tarde. Tengo que conectarme a las cuatro.

—Pues entonces vamos a aprovechar el tiempo. ¿Qué te parece si comemos rápido y nos vamos de compras?

—¡Perfecto, mamá!

Madre e hija entraron en el establecimiento de comida, se sentaron en una de las mesas vacías que había junto a una de las paredes y pidieron un menú en la pantalla táctil que había integrada en la mesa. Casi de inmediato se

levantó la puerta de la hornacina que había en la pared y cogieron los vasos con la bebida que habían pedido.

—Mamá, sonríe —le pidió Atena mientras acercaba su cabeza a la de ella y levantaba el brazo haciendo una foto con su pulsera de comunicación y publicándola de forma inmediata en varias de las redes sociales a las que pertenecía.

—Este sábado es el cumpleaños de Alex, ¿no? —inquirió su madre después de su primer sorbo.

—Sí... —contestó Atena con gesto dubitativo.

—¿Pasa algo, cariño?

Atena se quedó mirando fijamente a su madre, apoyó el mentón en su mano derecha y sondeó:

—Mamá, ¿puedo preguntarte algo?

—Sabes que sí. Lo que quieras.

Hizo una pausa de breves segundos y la joven indagó:

—¿Tú acabas de usar el GUÍA para elegir el menú?

Minerva no pudo evitar hacer un gesto de sorpresa.

—Pues... sí... ¿por?

—No sé, mamá. A veces me asaltan dudas sobre si me va a gustar que un programa decida todo mi futuro. Ahora yo elijo y en cuanto me implanten el chip, ya no lo haré.

—Eso no es así, Atena. El GUÍA solo decide entre las opciones que tú tienes como persona. —No contenta con su explicación, continuó—. Quiero decir que la opción que el programa determina para ti, te pertenece a ti única y exclusivamente; es la consecuencia de tu ser y por tanto, en verdad, es *tu* propia elección —concluyó enfatizando el «tu».

Seguía sin irse el gesto de duda del rostro de Atena.

—Pero elige el programa, no yo —insistió.

Minerva bufó.

—Creo que no consigo explicarme...

—Sí, sí, lo haces, entiendo lo que quieres decir, pero yo creo que a mí me gustaría tener la libertad para elegir yo misma entre las opciones que se me planteen y no el GUÍA.

—¿Pero qué tonterías estás diciendo?! —exclamó su madre.

—¡Mamá, escúchame!

—Lo hago, Atena, pero me asombras. ¿Tú sabes lo beneficioso que es este programa para toda la humanidad? Gracias a él, todo el mundo estudia para lo que realmente es apto y luego trabaja en ello. La elección de pareja es perfecta y no hay ni una sola ruptura matrimonial.

—Ya, mamá, ya. Todo eso lo sé, pero a mí me gustaría tener la libertad de equivocarme.

—Pero ¿por qué? Las equivocaciones provocan infelicidad. ¿No prefieres ser feliz siempre?

—¿Y si a mí me crea felicidad ser libre para elegir?

—Insistes en lo mismo...

—¡Pues claro! ¿No te has dado cuenta de que cada vez se emplea el GUÍA para más decisiones? ¿Incluso para las más tontas? Por ejemplo, tú misma ahora para elegir el menú. La gente lo utiliza para todo: elegir el color de un vestido, qué zapatos ponerse, qué peinado, si salir a pasear o quedarse en casa, ¡para todo!

—Bueno, ahí tienes tu elección. Puedes elegir libremente si usarlo o no.

—Salvo para las decisiones más importantes.

—Ya... —Minerva puso cara de preocupación—. Mira, cariño, hay cosas que no se pueden cambiar. Son así y no me gustaría nada que expresases estas dudas con cualquiera. Ten mucho cuidado con quien hablas —dijo bajando el tono de voz.

—¿Por qué? —se sorprendió Atena.

—Porque alrededor de este programa hay muchos intereses creados.

—¿A qué te refieres?

Minerva miró alrededor y viendo que estaban apartadas de los pocos

comensales que había a esas horas allí, contestó acercando su cara a la de su hija.

—Atena, recuerda que el GUÍA fue desarrollado por TEFUCO...

—Entiendo... —le cortó.

Minerva se dio cuenta de que los platos que habían pedido estaban en la hornacina vete tú a saber desde cuándo. Los cogió dándole a Atena el suyo y dejando frente a sí misma el que había pedido.

—Ahora vamos a comer, luego nos iremos de compras y en otro momento, si quieres, hablamos del tema, pero en casa.

—De acuerdo.

Madre e hija comieron al principio en silencio, pero poco a poco fueron olvidando la tensión de la conversación mantenida y volvieron a departir con la camaradería que solían tener.

## Capítulo 2

Cuando terminaron de comer, se fueron a un centro comercial cercano. En cuanto llegaron ante el escaparate de la tienda de ropa que más les gustaba a las dos, se pusieron frente a la pantalla donde estaba el catálogo del género de la tienda y accionando digitalmente el programa, comenzaron a pasar con gestos enérgicos de las manos las imágenes en 3D de la ropa que no les llamaba la atención. Cuando algo les parecía que cuadraba con lo que buscaban lo ampliaban y rotaban con los gestos manuales necesarios.

Al final decidieron entrar en la tienda y se pusieron cada una frente a uno de los espejos que había en un lateral, pulsando el dispositivo del catálogo que estaba incorporado al espejo. Buscaron las piezas que habían seleccionado en el escaparate y en el reflejo de los espejos, comprobaron cómo les quedarían puestas.

Cuando ya tuvieron claro lo que querían, descargaron la información al dispositivo de comunicación que Minerva llevaba en su brazo izquierdo, y esta aprovechó para hacerse una foto con Atena para publicarla en las redes. Luego se acercaron al mostrador para pasar el dispositivo por el escáner de la tienda para que la dependienta les diera la ropa deseada y se cobrase el importe. Cargadas con las bolsas, salieron del centro comercial.

—¡Me encanta lo que hemos comprado! —exclamó Atena.

—A mí también. Me alegro de haber ido a comprar hoy.

—Papá va a quedarse embobado cuando te vea con alguno de los vestidos que has comprado.

—¡Qué exagerada!

—No, no. Yo no tengo nada de exagerada. Cuando te pongas el vestido azul con la espalda al aire, vigila bien a papá, ya me dirás que cara pone.

Minerva soltó unas carcajadas.

—¿Me sentaba bien, verdad?

—¡Estabas guapísima! ¡Y sexi!

Su madre volvió a reírse.

—¡Y dices que no eres exagerada!

—Sí, sí. Lo que tú digas, pero tú no pierdas de vista la cara de mi padre cuando te pongas ese vestido.

—No desvaríes más, niña. La que realmente estaba espectacular eras tú con los vaqueros. Te hacían una figura maravillosa. Unas piernas que van a dar hipo a todos los chicos que te vean.

—Buf—resopló Atena—. ¡Chicos! Calla, mamá.

—Me voy a callar, sí, pero porque ahora hay que darse prisa porque queda poco para comenzar tus clases, ¿eran a las cuatro, no?

—Sí.

Ambas aceleraron el paso hacia una de las amplias zonas verdes, cruzaron un puente que separaba las dos orillas de un riachuelo y se dirigieron hacia un área que comprendía un grupo pequeño de viviendas rodeadas de un brillante césped verde.

Minerva pasó su dispositivo por el escáner de la puerta de una de ellas y esta se abrió. Frente a la puerta había un espejo que las identificó. En la superficie del espejo surgió información concerniente a la casa y sus habitantes.

—Papá está en casa —dijo Minerva mirando el espejo.

—Ya lo veo. Voy a saludarlo.

—Vale, pero date prisa, quedan pocos minutos para tu clase. Yo le estoy mandando un mensaje, luego lo veré. Tengo mucha prisa ahora mismo —añadió pulsando con sus dedos sobre la superficie del espejo.

Cuando pasaron por la puerta de cristal del despacho de Eric, vieron que este estaba hablando por videoconferencia, así que Minerva se encerró en su despacho y Atena en su sala de estudio.

La joven se sentó frente a su ordenador y se conectó con su aula virtual de

la academia hasta las seis de la tarde que acabaron las clases.

En cuanto se desconectó de la academia, Atena introdujo en un motor de búsqueda de la red las palabras «libertad» y «elección». Le extrañó comprobar que lo que encontraba el buscador no tenía nada que ver con lo que ella tenía en su mente. Siguió buscando con diversos motores y seleccionando muy bien los metabuscadores hasta que al cabo de una hora y después de pasar páginas y páginas elegidas por los buscadores, encontró un perfil de una red social muy minoritaria y casi desconocida: Libre albedrío. Intentó ahondar en el grupo pero estaba restringido el acceso. Sin pensarlo dos veces, envió una solicitud para ingresar en el grupo. En ese momento recibió un aviso para iniciar una sesión de videoconferencia con su amigo Alex. Aceptó, y su amigo surgió ante ella.

—¿Qué tal, Atena?

—Bien, ¿y tú?

—Genial. Muy nervioso por el sábado.

—Ya me imagino.

—Por eso he quedado con Siena y Ricky para jugar una partida a Union Strategies, ¿te apetece unirse?

—Claro que sí. Me uno.

—Pues comienzo la partida ya. Únete. Aviso a Siena y Ricky.

Justo cuando terminaba la partida online con sus amigos, llamó su madre para cenar.

—Atena, ven rápido, hoy se nos ha hecho muy tarde.

La joven, cuando se levantaba para salir de la sala de estudio, se dio cuenta de que tenía parpadeando varios avisos de su correo en el dispositivo de comunicación que todavía no se había quitado del brazo. Mientras caminaba hacia el comedor, le iba echando un vistazo a los correos recibidos. Con sorpresa pudo comprobar que entre ellos había uno del grupo en el que había solicitado ingresar. Prefirió, inquieta, abrirlo cuando volviese a su sala.

Cuando llegó al comedor, sus padres estaban poniendo la mesa.

—Papá, un beso, que cuando he llegado he visto que tenías una videoconferencia y no he querido interrumpir, por eso no te he saludado — dijo acercándose a su padre y dándole un beso en ambas mejillas.

—Lo mismo me ha pasado a mí. Cuando he terminado de trabajar he visto que estabas jugando y no quería que perdieras la partida por mi culpa — replicó su padre con una amplia sonrisa.

—Has hecho muy bien. Estábamos salvando al mundo.

Su padre soltó una carcajada. Atena se lo quedó mirando. ¡Mira que era guapo su padre! Tenía unos dientes perfectísimos y blanquísimos que lucía en una amplia sonrisa en todo momento. Su padre era muy alegre, simpático y extrovertido, mientras que su madre era más sesuda y responsable, por ello, cada uno tenía su puesto de trabajo de acuerdo con sus personalidades. Su madre planificaba las agendas de los distintos responsables de las relaciones continentales, para que pudiesen mantener un contacto fluido. En cambio su padre coordinaba actos públicos de ocio para la comunidad del sector 1.

La pareja se llevaba genial, se compenetraban a la perfección y según le había contado su madre un montón de veces, en cuanto ella vio la elección que había hecho el GUÍA para ella, sabía que era el acertado, y en cuanto lo conoció, se enamoró de él.

En la pantalla integrada en una de las paredes del comedor se veía la comida que se estaba cocinando en el horno.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó Atena señalando la imagen.

—Pues la nevera nos ha aconsejado una receta de solomillo de ternera envuelto en hojaldre y verduritas asadas —dijo su madre.

—Mmm... pues tiene buena pinta.

—Y huele mejor —aseveró Eric.

Atena empujó a su padre hasta ponerse ambos delante de la pantalla, se giró para ponerse de espaldas a ella e hizo lo mismo con su padre.

—¡Una sonrisa! —exclamó levantando el brazo para hacer una foto de los

dos ante la imagen del asado para publicarla a continuación.

—¿Me dejáis poner algo de música o queréis ver las noticias de hoy? —inquirió Atena cuando terminó de enviar las fotos.

—Yo he ido informándome a lo largo del día. Por mí puedes poner música —contestó su madre.

—Pues yo he bloqueado los avisos de noticias. Las intrigas gubernamentales me las traen al paio hoy —respondió su padre con una amplia sonrisa.

—¿Y eso? —indagó su esposa.

—La videoconferencia que tenía antes... Me han pedido que me encargue de las celebraciones del 50 aniversario del GUÍA —anunció con jovialidad.

—¡Eso es fantástico, Eric! ¡Me alegro muchísimo!

—Va a ser fantástico, ¡ya lo veréis! Tengo un montón de ideas que me bullen en la cabeza para hacer unas celebraciones a lo grande.

Atena sonreía mirando a su padre. Vivir con él era maravilloso. Siempre se le contagiaba el buen humor que destilaba por los cuatro costados.

Minerva se acercó a la pantalla de la pared y pulsó digitalmente para parar el horno.

—Ya está la cena. Vamos a celebrar el encargo. Eric, por favor, trae una botella de vino mientras saco el asado del horno. Y tú, Atena, pon música, venga.

La joven pulsó su dispositivo para elegir la música y conectarla a la instalación de audio de la casa mientras sus padres se iban a la cocina. En ese momento las luces del comedor se encendieron. Atena no se había dado cuenta de que ya estaba anocheciendo. Se acercó a una de las cristaleras que rodeaban la casa y contempló el paisaje exterior. La ciudad era tan bonita...

Tras la cena, el matrimonio se trasladó al salón para ver una película sentándose en el amplio sofá blanco que había frente a la televisión de gran pantalla transparente que presidía una de las paredes de la sala.

Atena aprovechó para ir a su sala de estudio y leer el correo que había recibido del grupo Libre albedrío desde el ordenador. En él se le preguntaban los motivos por los que quería ingresar en el grupo. Meditó mucho lo que poner en el *e-mail* porque tenía muy presente lo que su madre le había dicho durante la comida y no quería escribir nada que le comprometiera. Atena, al final, contestó: «Estoy interesada porque quiero compartir y debatir con otras personas algunos pensamientos que últimamente estoy teniendo».

Todavía se encontraba mirando con fijeza y meditabunda la pantalla cuando oyó el aviso de haber recibido otro *e-mail*. Lo abrió y se llevó una gran sorpresa cuando comprobó que la habían aceptado en el grupo. Ingresó inmediatamente en el perfil. No sabía qué era lo que iba a encontrar ahí, pero estaba llena de curiosidad, aunque no le dio tiempo a darle un vistazo porque alguien llamado Dereck le abrió un chat.

—Hola.

—Hola.

—¿Qué edad tienes?

—Diecisiete, ¿y tú?

—Igual. ¿Cuáles son esos pensamientos que quieres compartir?

Atena miró dudosa la pantalla durante largos minutos.

—¿Quieres que te ayude? —insistió su interlocutor ante la inactividad de Atena.

—Vale...

—Supongo que el nombre del grupo te habrá llamado la atención.

—Sí.

—¿Sabes lo que significa?

—Sí. El poder que tiene el hombre de elegir y tomar sus propias decisiones libremente.

—Eso es. Pues entonces, ya sabes que es lo que debatimos aquí. También nosotros estábamos llenos de dudas.

—¿Hablas del GUÍA? —inquirió Atena.

—Sí. Todos somos jóvenes próximos a cumplir la mayoría de edad. Leemos a los antiguos filósofos porque tenemos dudas en cuanto a la obligación de implantarse el programa GUÍA ya que creemos que nos coarta la libre elección de decisiones.

—Yo... es que no tengo claro nada...

—Así estábamos todos.

—¿Y ya no lo estáis?

—No.

—Entonces, ¿qué vais a hacer?

—Mira, Atena... ¿te llamas así, no?

Los supuestos nombres de ambos aparecían en la pantalla junto a las frases que escribían. En el caso de Atena, aparecía su nombre y en el de la persona que le estaba escribiendo, Dereck.

—Sí. Es mi nombre.

—Pues mira, Atena, antes de seguir contándotelo todo, me gustaría que asistieras a una de nuestras reuniones.

—A mí también me gustaría. Quiero oíros.

—Con eso me sobra. Mañana, a las seis de la tarde, si te viene bien, hacemos una videoconferencia tú, yo y varios de nuestros integrantes. ¡Ah! Por cierto, Dereck también es mi nombre.

—Muy bien. Mañana nos vemos.

—Ok. Hasta mañana.

A Atena le estaba costando mucho dormirse esa noche. Estaba inquieta por tener esos pensamientos. Ella tenía claro que se sentiría mucho mejor, viviría más tranquila y no se encontraría en esos momentos tan alterada si no tuviese esas dudas.

Visto que no podía dormirse, se volvió a levantar y buscó información sobre filósofos antiguos y el libre albedrío en la pantalla táctil que tenía en una de las paredes de su habitación. Al final terminó leyendo un montón de

citas de personajes de renombre de otras épocas, pero una le llamó especialmente la atención: «La libertad no significa solamente que el individuo tiene tanto la oportunidad como la carga de la elección; también significa que debe soportar las consecuencias de sus acciones. La libertad y responsabilidad son inseparables», de Friedrich Hayek.

## Capítulo 3

Al día siguiente, tras asistir a sus clases online, le propuso a su amigo Alex verse en el parque que tenían cerca de sus casas para hablar un rato cara a cara. Ella y su amigo solían quedar allí porque les gustaba mucho la naturaleza y de vez en cuando les apetecía desconectar de los ordenadores. Cuando acabó de quedar con su amigo para después de comer vio que sus padres todavía estaban trabajando y se dirigió a la cocina para comenzar a preparar la comida.

Se puso frente al frigorífico y toqueteó la pantalla táctil hasta que, entre las recetas que le facilitó el ordenador del frigo teniendo en cuenta el contenido de este, encontró una sencilla para hacer ella porque tenía prisa por terminar cuanto antes.

Sacó los ingredientes y los puso sobre la tabla inteligente. Esta le iba informando sobre la cantidad de peso que necesitaba de cada uno de ellos para realizar la receta para los tres y de los pasos a seguir. Lo puso todo en el robot de cocina y se marchó al aseo a empezar a arreglarse.

Se desnudó y se introdujo en la cabina higiénica donde el sistema de purificación la dejó impoluta conectándose a continuación el aire caliente para secarla. Cuando salió de la cabina se puso frente al espejo, se peinó con el cepillo alisador y mientras tanto el ordenador del espejo le hizo un análisis de la piel aconsejándole ponerse una pequeña porción de una pomada en uno de los laterales de la nariz donde le iba a salir un granito. Se dio unas pinceladas de maquillaje en los párpados, un poco de rímel y brillo en los labios. Se fue a su habitación, eligió un vestido vaporoso delante del espejo de cuerpo entero en el que tenía almacenado su repertorio de ropa y en donde podía probársela virtualmente, después lo cogió del vestidor y se lo puso, yéndose de nuevo a la cocina a preparar la mesa para ella y sus padres.

El primero que salió de su despacho fue su padre.

—Hola, preciosa —la saludó mientras la besaba en ambas mejillas.

—Hola, papá. ¿Qué tal el trabajo hoy? ¿Ya has empezado con la celebración del 50 aniversario del GUÍA? —preguntó mientras le correspondía con los besos.

—Pesado, pero muy bien. No, todavía no he empezado con esos preparativos. Quiero quitarme antes todo el trabajo que tengo pendiente. He organizado un festival maravilloso. Ya lo tengo todo atado. Ha costado pero creo que va a ser un éxito.

—¿Para qué celebración?

—Para el Domingo del Jinete. También he empezado a coordinar una exposición de plantas y flores.

—Me encantan esas exposiciones. Ya me avisarás dónde es para poder verla.

—Claro que sí. Iremos los tres juntos.

En esos momentos salió Minerva de su despacho y tras saludar a Eric y a Atena y, como la comida ya había terminado de prepararse, se sentaron a comer.

Cuando llegó al parque, su amigo ya estaba allí. Se sentaron en el césped bajo la sombra de un gran ficus.

—¿Qué tal te va todo, Alex? Hace tiempo que no hablamos de nosotros.

—Pues nerviosísimo, la verdad.

—¿Por tu cumpleaños?

—Bueno, más que por mi cumpleaños, por el GUÍA.

—¿Tienes miedo?

—¡No! Todo lo contrario, lo estoy deseando.

—¿En serio?

—¡Pues claro! ¿Es que tú no?

—Bueno... no sé...

—¿No sabes qué? —inquirió Alex con asombro.

—Alex, ¿puedo hablar contigo en confidencia?

—Atena, la duda ofende —contestó con cara confundida.

—Perdona, no quería ofenderte, pero es que es un tema muy delicado.

—Pero ¿qué es lo que quieres que hablemos? No entiendo.

—Alex, quiero que me digas qué piensas del GUÍA.

—¡Pues qué voy a pensar! ¡Que es genial!

—Pero concrétame más. ¿Qué encuentras genial del programa?

—Me parece una pregunta asombrosa, Atena, pero te contesto. Me gusta tener la seguridad de que siempre elegiré la opción acertada y eso me produce felicidad. Voy a estudiar la carrera para la cual yo estoy destinado y trabajaré en ello. Tendré la pareja perfecta para mí y tomaré un montón de decisiones a lo largo de mi vida que siempre serán acertadas. ¿Qué pegas le ves, Atena?

—Verás, Alex, yo veo a mis padres que son muy felices y eso me alegra a mí. Veo tu felicidad y eso me hace feliz a mí. Pero yo no tengo claro ni seguro que fuese a ser feliz así.

—Así, ¿cómo?

—Es difícil de explicar para quién no tiene dudas, pero lo voy a intentar.

—Por favor... quiero entenderte.

Atena fijó la vista al infinito intentando recolocar sus ideas en la cabeza. Volvió a mirar a su amigo.

—Lo que me produce dudas del GUÍA es, precisamente, lo que a ti te gusta: que ese programa elija mi destino por mí. Creo que me gustaría no perder la libertad de elegir yo mis propias decisiones.

—¿Por qué?

—Alex, yo siento dentro de mí que con el programa, mi libre albedrío y mi voluntad dejan de existir, que todo mi futuro ya está escrito.

—Pero eso no es así, Atena. Las opciones de elección están ahí, el GUÍA solo te ayuda a elegir.

—Alex, tu sabes que eso no es cierto. Las decisiones más trascendentales

en nuestras vidas van a ser elegidas por el programa, como los estudios, el trabajo y la pareja, como tú has dicho, y solo en decisiones banales, puedes optar por desestimar la elección del GUÍA.

Alex se quedó en silencio.

—Es más —añadió Atena—, últimamente he estado observando a la gente y he podido constatar que según va pasando el tiempo en el que tienes implantado el chip, o sea, con la edad, cada vez se utiliza más y más hasta tener una dependencia absoluta de él, sin ser en realidad consciente de ello.

—Atena, pero todo el mundo es feliz. Yo sé que voy a ser feliz.

—Ya, Alex, ya. Si eso no lo dudo, pero lo que no tengo claro es que yo pueda ser feliz así.

—Pero te lo tienes que poner.

—Ya...

Los dos se quedaron callados, cada uno ensimismado en sus pensamientos, durante un rato.

—Bueno —rompió el silencio Atena—, no te preocupes por mí, son todo paranoias mías. Yo lo que quiero es que tú seas inmensamente feliz y el sábado estaré allí contigo para apoyarte.

Alex abrazó a su amiga dándole dos besos.

—Gracias, Atena. Nunca lo he dudado y tú sabes que te quiero mucho y que para lo que quieras, aquí me tendrás.

—Lo mismo te digo, amigo. Te quiero mucho.

—Para celebrarlo, ¡una fotito! —levantó su brazo e hizo una foto de los dos amigos abrazados y sonrientes, publicándola después.

Llegó a su casa justo a la hora de conectarse con la gente del grupo. Dereck le mandó una invitación y en cuestión de segundos vio un rostro muy varonil mirándola a ella.

—Hola, soy Dereck.

—Hola, yo Atena.

Atena, en cuanto vio al joven, sintió una corriente de simpatía y buenas vibraciones que le decían que era un chico en el que podía confiar e incluso sentirse protegida por él. Tenía el pelo largo hasta los hombros (por supuesto, mucho más largo que ella), liso pero con pequeños rizos en las puntas y el color era a mechas rubias de distintas tonalidades, entre muy claras y casi castañas. Pese a tener la misma edad que Atena, tenía una constitución de hombre adulto con anchos hombros y un cuello largo y grueso pero musculoso. Pero lo que más había llamado la atención a Atena del busto que podía ver, era su rostro sereno y franco. Dereck dio un cabezazo de forma afirmativa.

—En seguida se conectarán los otros. ¿Cómo estás?

—Bien, gracias. Un poco nerviosa nada más.

—Pues no lo estés. Todos somos jóvenes de tu edad con tus mismas inquietudes.

—Ya, pero es que no sé qué hacer con esta inquietud, cómo solucionarla.

—De eso hablaremos ahora.

En ese momento, cuatro bustos más confluyeron en la pantalla de la joven.

—Chicos, esta es Atena —anunció Dereck—. Atena, te presento a Lina, la chica pelirroja; Peter, el de rizos dorados; Stefano, el moreno grandote y Sheila, la rubia de ojos verdes.

Según los iban nombrando, los jóvenes iban alzando la mano y saludando.

—Bueno, chicos —retomó Dereck—, Atena tiene algunas preguntas que hacernos.

—Si... claro... Dereck me ha explicado que todos vosotros pertenecéis a un grupo en el que discutís sobre la libre elección de decisiones y su incompatibilidad con el GUÍA. Me gustaría saber si tenéis alguna finalidad en todo esto.

—A ver, Atena —habló Peter—, a algunos de nosotros nos falta muy poco para cumplir la mayoría de edad y por lo tanto hemos tomado la decisión de actuar ya.

—¿Actuar? ¿Cómo? La ley nos obliga a ponernos el chip.

—Pero las leyes se pueden cambiar —contribuyó Sheila.

—¿Cuántos sois?

—Unos cincuenta nuestro grupo.

—¿Y pensáis que cincuenta jóvenes van a hacer cambiar las leyes?

—Hay mucha gente más en todos los continentes y sabemos que están intentando organizarse, además, si no se intenta, no se puede lograr nada. Cuando se quiere conseguir algo, hay que intentarlo por lo menos. La desidia, el abandono, es lo que hace a los gobiernos fuertes y prepotentes creyéndose el ombligo del mundo y pensando que pueden hacer y deshacer nuestras vidas a su antojo. El problema que hay ahora es que todo el mundo es «tan feliz», para mí artificialmente, que no se preocupa de quién o qué produce esa felicidad. Nos han vendido, desde el Gobierno, que por fin la humanidad ha conseguido la felicidad plena y hemos llegado a creérnoslo y no se cuestiona nada más. Somos autómatas —expuso Lina.

—Es cierto que nos lo están poniendo difícil porque cada vez que creamos un grupo en alguna red social, este dura sólo unos días y a veces hasta horas. Al poco tiempo nos lo cierran. El grupo al que te agregué ayer ya lo han cerrado —añadió Dereck.

—¿En serio?!

—Pues claro. No les interesa tener sublevados. Es muy complicado hacernos oír y eso que vivimos en la época más desarrollada en comunicaciones.

—Pero, ¿cómo pensáis actuar?

Todos callaron.

—Atena, ¿podemos confiar en ti? —preguntó Stefano.

—Entiendo... vale... no tenéis por qué hacerlo. No me digáis nada, por ahora no necesito saberlo. Solo necesito que me ayudéis a aclararme las ideas. Quiero oír lo que tenéis que decir.

—Está bien. Mira, primero voy a mandarte unos cuantos libros sobre filosofía y sobre las luchas que ha habido en la humanidad para alcanzar

ciertas libertades que nos parecen básicas y sin importancia ahora, pero que en su época costaron hasta vidas humanas para obtenerlas. También te mandaré alguno del siglo XX y principios del XXI, que fueron siglos decisivos para llegar a donde estamos ahora. Son épocas muy interesantes, ya lo verás y aunque sé que damos historia en la academia, podrás comprobar que pasamos de puntillas por lo verdaderamente trascendental en la esencia del ser humano. Nos hemos convertido en un pueblo materialista y sin espíritu de lucha. La vida que llevamos ahora es la única que conocemos, pero verás que esas lecturas esclarecerán bastante tus dudas. Luego hablaremos, ¿te parece? — sugirió Dereck.

—Muy bien. Así quedamos.

Atena aprovechó mientras esperaba los libros para acabar con sus deberes de clase. En cuanto terminó, vio que ya los había recibido, se acomodó en un sillón de la sala con su tableta y se dispuso a leer. La lectura la absorbió de tal manera que no escuchó abrirse la puerta.

—Cariño, ¿tan interesante es? —indagó su padre apoyado en el quicio de la puerta.

La joven levantó bruscamente la cabeza.

—¡Ah! ¡Hola! Perdona, no te he oído.

—Pues te he mandado varias alarmas a tu dispositivo.

Atena miró su pulsera y asintió.

—Sí, es verdad. Pues ni cuenta.

—Por eso te preguntaba si era tan interesante lo que estabas leyendo.

—Sí, muy interesante.

—¿Y qué es?

—Un libro sobre filosofía antigua y la libre elección.

Su padre se acercó a ella, se agachó poniéndose en cuclillas y posando las manos sobre las rodillas de Atena, le dijo suavemente:

—Tu madre me ha contado la conversación que tuvisteis el otro día.

—¿Y qué opinas?

Atena tenía en muy alta consideración la opinión de sus padres, pero estaba segura de que su padre la entendería mejor que su madre.

—Pues mira, Atena, opino que no voy a ser yo quien coarte tu necesidad de saber y tu libertad de pensamiento.

—Gracias, papá.

—Pero también quiero que tengas claro a lo que te enfrentas.

—Ya insinuó algo mamá.

—Pues yo voy a ser más claro. Atena, TEFUCO controla el desarrollo tecnológico de Gaia. Toda la tecnología nos la suministra TEFUCO. ¿Te imaginas cuánto poder tiene?

La joven asintió moviendo la cabeza.

—Mira, Atena, gracias a la tecnología hemos conseguido una calidad de vida casi perfecta —hizo una pausa—. Como ves, he dicho «casi» perfecta. Tenemos una vida fácil para absolutamente todos los habitantes: todo el mundo trabaja y no hay pobreza. La falta de trabajo, lo que antes llamaban «el paro», era lo que provocaba todos los males de entonces, eso se ha probado. Ahora ya no existe. Vivimos en democracia, como sabes, y esta nos permite tener leyes por y para todos, pero el poder que ha adquirido TEFUCO a través de los años es muy muy importante. Todas las leyes que tienen que ver con la tecnología pasan primero por TEFUCO. El Gobierno depende mucho de esta empresa. Y ahora, te pregunto... ¿crees que el Gobierno va a permitir que alguien no cumpla las leyes que afectan a TEFUCO?

—Lo sé, papá, lo sé, soy consciente de ello, créeme. Pero precisamente esta tarde, al hacer yo esa misma pregunta, alguien me ha contestado que si no se intenta, no se puede conseguir algo. Además, no creas que soy la única que tiene sus dudas.

—Es cierto, hija, pero tal y como está el panorama, los costes pueden ser muy grandes. De todas formas que tengas claro, que hagas lo que hagas, yo te apoyaré.

—Gracias, papá —dijo dándole un beso.

Atena, esa noche, después de cenar, verificó que el grupo Libre albedrío había desaparecido de la red. Dedicó un buen rato a buscar en otras redes sociales, chats, blogs, webs y cualquier sitio que se le ocurriese, indicios de gente que tratase el mismo tema y pudo comprobar que, si sabías buscar bien, había evidencias claras de que en internet se hablaba en abundancia de la libre elección pero también se dio cuenta de que duraban muy poco tiempo en la red. Cuando estaba enfrascada en esto, recibió un mensaje de Dereck informándole del nuevo nombre del grupo y de la red social a la que pertenecía. Ingresó en el grupo y le mandó un aviso para abrir una videoconferencia con él para comentar lo que había leído y lo que había visto en la red. Sin darse cuenta, Atena se adentró bastante en la noche hablando con el muchacho. Ambos se sentían a gusto mientras conversaban decidiendo al final que querían conocerse en persona y quedaron para verse el domingo.

## Capítulo 4

Al día siguiente, sábado, era el cumpleaños de Alex. Atena sabía que lo que más le gustaba a su amigo era jugar al ajedrez contra el ordenador. Nada le llenaba más de alegría que ganarle, aunque solo había ocurrido en contadas ocasiones y eso que él no cejaba una y otra vez en intentarlo. Así que, para felicitarle, Atena había optado por comprarle un proyector holográfico que acababa de salir al mercado y que proyectaba una figura humana que se sentaba ante un tablero de ajedrez y jugaba con su oponente simulando ser una persona humana.

Cuando llegó a casa de Alex, todavía faltaba mucha gente por llegar y pudo darle su regalo tranquilamente.

—¡Atena, es fantástico! ¡Muchísimas gracias! —exclamó dándole un fuerte abrazo a su amiga—. ¡Me encanta!

—Con eso contaba —repuso la joven soltando una carcajada.

—¡Foto! —gritó su amigo elevando el brazo y haciendo varias fotos de él con su amiga.

—Sácame guapa por una vez, por favor, que en tus fotos siempre salgo horrorosa —le sugirió sonriendo.

—Ahora debes darte una vuelta. Hemos montado un montón de cosas para divertirnos. Hay zonas de videojuegos, de juegos virtuales, de competiciones de baile, karaoke, batallas de sable láser y también hemos instalado un simulador de gravedad 0. ¡Tienes que probarlo todo!

—¡Claro que sí! Lo voy a probar todo y varias veces. ¡Lo habéis montado a lo grande!

—Es un día muy importante para mí.

—¿Cuándo van a instalarte el chip?

—Esta noche, después de la fiesta.

—¿Quieres que esté aquí contigo?

—¿Harías eso por mí? No me atrevía a pedirte...

—¡Pues claro! Siempre hemos estado juntos en nuestros momentos importantes.

—Gracias, Atena.

—¡Serás bobo! ¡Venga, vamos a jugar! Te reto a un combate de espadas láser.

La fiesta fue un gran éxito. Su amigo tenía un gran poder de convocatoria porque era un muchacho simpático, extrovertido y muy buen amigo, así que asistieron buena parte de los compañeros de clase, aunque algunos solo lo hicieron online, además de muchos vecinos de su sector. Todos disfrutaron de los juegos que habían organizado y de la abundante comida que los padres de Alex habían pedido a un servicio de *catering*. La zona donde vivía se vio inundada de muchachos divirtiéndose hasta que llegó el equipo de inserción que le iba a colocar el chip al joven y se fueron todos menos los padres de Alex y Atena.

La instalación del GUÍA en el cerebro se había convertido en un ritual. El equipo de inserción, que constaba de dos hombres, iba vestido con unas largas túnicas blancas con adornos dorados. Colocaron, en el centro de la sala donde se iba a realizar, una camilla cubierta con hermosas telas doradas. A Alex lo vistieron con una túnica negra y lo ayudaron a tumbarse en la camilla. A cada lado se situaron los padres del joven y a los pies de él, ubicaron a Atena.

Acercaron a la cabeza de Alex una mesilla auxiliar y alinearon allí todos los artículos necesarios para la inserción. Desenrollaron una pantalla flexible que conectaron a la pulsera del joven para poder ver el interior de su cráneo. Pusieron una pequeña tela de hilos dorados sobre su rostro y uno de los hombres cogió un tarrito untando una pequeña porción de anestesia en la coronilla, luego cogió un escalpelo con punta de laser e hizo una minúscula incisión. Su compañero le acercó una pequeña cajita donde estaba el microscópico chip, le dio unas pinzas y con ellas cogió el chip y lo introdujo en la pequeña cavidad pronunciando las palabras del ritual: «Hoy te

conviertes en un hombre adulto; vive y se feliz para siempre». Después dejó caer sobre la herida unas gotas cicatrizantes que cerraron inmediatamente la incisión desapareciendo todo rastro del pequeñísimo corte. Entre los dos hombres, retiraron la tela del rostro de Alex, le ayudaron a levantarse y le quitaron la túnica negra dejando en su lugar otra de color blanco.

—Puro comienzas tu nueva vida. Deseamos que esta sea larga y feliz, Alex.

Ambos abrazaron al muchacho y despidiéndose de los padres, se fueron de la casa.

Atena había ido haciendo fotos de toda la ceremonia, colgándolas inmediatamente en todas las redes a las que pertenecía. Sabía que era algo muy importante para Alex y que a él le haría mucha ilusión verlas publicadas por doquier.

Los padres de Alex fueron corriendo a abrazar a su hijo y tras ellos, ella misma lo hizo.

—Enhorabuena, Alex. Que seas muy feliz.

Al día siguiente, Atena salió de su casa para encontrarse con Dereck. Sus padres habían quedado con unos amigos del sector 2 y la iban a llevar en coche hasta la zona de ocio donde había quedado con él. Los padres de Atena se subieron delante del níveo coche eléctrico y mientras su padre conectaba el ordenador y daba las coordenadas del lugar hacia dónde se dirigían, la madre de Atena se giró para mirarla mientras le preguntaba:

—¿Con quién has quedado?

—Con un chico que he conocido en las redes.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Es majo?

—Bastante.

—¿Guapo? —indagó con una sonrisa pícaro.

—Mucho. Por lo menos lo que he podido ver de él —le respondió también con una sonrisa pícaro.

—Pues entonces espero que os lo paséis muy bien.

El coche arrancó y se puso en marcha hacia su objetivo.

Dereck había cogido el metro desde el sector 3 al que pertenecía y ya estaba en el lugar donde habían quedado cuando la joven llegó. Se reconocieron en cuanto se vieron. Unas fuertes descargas se dispersaron por los dos cuerpos cuando Dereck apoyó su mano derecha sobre el hombro izquierdo de Atena y se inclinó para darle dos besos en las mejillas.

—Hola —murmuró Atena.

—¿Cómo estás? —tartamudeó Dereck.

Los dos jóvenes se quedaron callados mirándose fijamente a los ojos. Dereck consiguió apartar antes la mirada y girando su cuerpo se puso a su lado.

—¿Vamos hacia allí? —indicó señalando un colorido jardín—. Podemos sentarnos en un banco un rato y luego entramos.

—Me parece perfecto.

Buscaron un banco vacío y se sentaron. El tiempo se les pasó rápido conversando. Atena comenzó comentándole los libros que ya había leído, exponiendo sus dudas mientras que Dereck intentaba despejarlas. La joven se dio cuenta de que él había pasado por el mismo proceso que ella. Ahora parecía tener las ideas muy claras aunque estas no fuesen lo que opinaba la mayoría y le pudiera reportar algún mal. Y lo peor era que según iba oyendo a Dereck, más se convencía de que ella estaba de acuerdo con él. En parte, por sus padres y por tener una vida más cómoda, le habría gustado solventar sus dudas en sentido contrario y conformarse con la vida que, en principio, tenía predestinada. Ella se conocía, y en cuanto tenía algo claro, perseguía su fin hasta las últimas consecuencias. Por lo menos ahora era así, antes de cumplir los dieciocho años, porque en cuanto le pusiesen el chip...

Después entraron en el complejo de ocio y disfrutaron juntos de una película holográfica de ciencia ficción. Cuando salieron de allí, mientras paseaban, iban comentando la película.

—¿Tú crees que alguna vez conseguiremos ese nivel de desarrollo? —  
inquirió Atena.

—¡Ufff! Eso espero y a no mucho tardar para poder disfrutarlo yo. Me  
gustaría viajar en el tiempo o visitar otros mundos.

—A mí también me gustaría. Por lo menos en la película no se usaba el  
GUÍA. La gente tenía libertad de elección.

—Hablando de eso... creo que ha llegado la hora de explicarte la  
actuación que tenemos planeada.

—¿Estás seguro?

—Sí. Hoy te he conocido muy bien y sé que se puede confiar en ti.

—Gracias, Dereck. Yo opino lo mismo de ti.

—Te cuento: estamos planificando, junto con otros grupos de otros  
continentes, una actuación masiva en las redes sociales bombardeando  
mensajes sobre la elección libre para instalarse o no el GUÍA.

—¡Vaya! ¿Para cuándo?

—En breve. La semana que viene, aunque no se ha concretado todavía el  
día y la hora. Ese será un primer paso.

—¿Estáis pensando en más?

—Por supuesto. Esto ya no lo va a parar nadie. Nos vamos a hacer oír, pase  
lo que pase. Hemos pedido ser recibidos por la presidenta del gobierno, pero  
todavía no hemos recibido una respuesta.

—Dereck, he hablado con mis padres del tema y ellos me han dejado muy  
claro que el mayor conflicto lo vamos a tener por parte de TEFUCO.

—Lo sabemos, Atena, pero el cauce a seguir es a través del Gobierno  
porque para eso, se supone, nos gobiernan.

—Bueno... yo solo quería que lo supieras. Tenéis, o más bien, tenemos que  
estar prevenidos. Y, por favor, avísame cuando sepas día y hora para poder  
colaborar en todo lo que pueda.

—Claro que sí. Y ahora... ¿qué te parece si cogemos algo de comida y nos  
vamos al parque a comer?

—Perfecto.

Se acercaron hasta un dispensador de alimentos cercano y compraron en la máquina lo que les apeteció yéndose luego a sentar bajo un enorme roble haciéndose allí una foto y publicándola los dos.

—Cuéntame algo de ti —quiso saber Dereck y a continuación le dio un bocado a su sándwich.

Atena lo miró asombrada, se remeti6 un mech6n de pelo tras la oreja mientras pensaba por d6nde empezar. Se dio unos golpecitos con el dedo 6ndice en los labios. Se sentía c6moda y cohibida al mismo tiempo al lado de 6l. Decidi6 que para sacudirse el nerviosismo iba a utilizar su truco de siempre y decantarse por el humor, as6 que se puso de pie de forma brusca, con los talones pegados y firme su cuerpo.

—Atena Sellers. Diecisiete a6os. Estudiante. —Y ya no pudo seguir m6s. Rompi6 en fuertes carcajadas al ver la cara que se le hab6a quedado a Dereck —. Tranquilo, no me he vuelto loca. Era una broma.

—Ya me he dado cuenta, ya —le respondi6 con una amplia sonrisa.

La joven volvi6 a sentarse y contagi6ndose de la sonrisa de 6l, ampli6 la suya mostrando sus lustrosos dientes blancos. Despu6s comenz6 a comer antes de continuar hablando.

—En serio. No s6 que contarte. Tengo unos padres maravillosos que me adoran y yo los idolatro. Mi padre es un cachondo y me lo paso genial con 6l y mi madre, aunque es la sensata de la casa, se contagia de mi padre, igual que yo, y acabamos haciendo locuras los tres juntos.

—¿Eres hija 6nica?

A Atena se le entristeci6 el rostro.

—S6. Mis padres han solicitado muchas veces tener otro hijo, pero siempre se lo han denegado.

Era uno de los problemas que hab6a al vivir toda la humanidad en el hemisferio norte y de que las ciudades fuesen dise6adas para residir en casas unifamiliares rodeadas de muchas zonas verdes, adem6s de la longevidad que

se había alcanzado con los avances médicos y el bienestar social: el espacio disponible para habitar estaba muy limitado y el control de natalidad estaba totalmente regulado. En principio, toda pareja podía tener un hijo, pero para tener un segundo hijo, primero había que solicitarlo y según los índices de natalidad y defunción, se iban asignando.

—Yo tengo un hermano.

Atena lo miró sorprendida. Conocía muy poca gente que tuviese un hermano.

—¿En serio? ¿Más pequeño que tú?

—No. Es mayor que yo. Diez años.

—No me habías dicho nada de él. ¿Os lleváis bien?

—Sí. No como colegas porque hay mucha diferencia entre los dos y él se cree más un padre para mí que un hermano, pero nos llevamos bien.

—La verdad es que me gustaría haber tenido esa sensación. Me refiero a la de tener un hermano.

—Bueno, es una forma distinta de querer. De todas formas, si quieres que te diga la verdad, ahora mismo quiero a mi hermano porque es mi hermano.

—¿A qué te refieres?

Dereck se levantó del césped y alargó la mano hacia Atena.

—Ven, vamos a dar un paseo y te lo cuento.

La joven alargó su mano hasta posarla en la de él y con su ayuda se levantó. Ambos se dirigieron hacia uno de los caminos que transcurría por el pequeño bosquecillo que había junto a la zona de ocio.

—Pues verás, yo creo que toda esta paranoia que tengo con lo del GUÍA proviene por culpa de mi hermano.

—¿Y eso?

—Cuando él cumplió dieciocho años y le implantaron el GUÍA yo tenía ocho años. Hasta entonces, mi hermano siempre tenía tiempo para jugar conmigo, siempre. A lo largo del día, guardaba un rato para dedicármelo a mí. Pero desde que le pusieron ese maldito chip, la cosa cambió. El GUÍA le

aconsejaba hacer cosas y cosas y más cosas, pero ninguna era que jugase conmigo, por lo que dejó de hacerlo y a mí eso me marcó.

—Me has dejado muerta.

El joven miró a Atena y sonrió de lado a lado.

—Espero que no. Me gusta mucho lo viva que estás.

## Capítulo 5

A lo largo de los días siguientes, Atena estuvo muy ocupada. Tuvo varias pruebas de aptitud y actitud en la academia y por supuesto, le dedicó muchas horas al estudio. Si no estaba conectada al aula virtual, estaba asimilando los conocimientos necesarios para poder acreditar su capacidad comprensiva. Preparó las enseñanzas de química con su amigo Alex, por supuesto. Él era un experto en esa ciencia. En cambio ella le ayudó con la programación informática y el diseño gráfico en cuyas materias era muy versada. Tuvo reuniones grupales con otros compañeros de la academia para colaborar entre todos en los trabajos de grupo. Quedaba poco tiempo para finalizar el primer periodo de curso y quería rendir al máximo.

Por otra parte, le había prometido a su madre que la ayudaría a elegir un programa informático nuevo para controlar todo el sistema eléctrico de la casa porque consideraba que el que tenían ya estaba algo obsoleto y que habían salido al mercado una serie de nuevos *softwares* que serían mucho más rentables y que aportarían novedades al funcionamiento eléctrico de la vivienda tanto en el interior como en el exterior. Su madre era perfectamente capaz de elegirlo, pero se había acostumbrado a pedir su opinión a Atena porque decía que ella estaba más enterada de las últimas novedades. Y ella disfrutaba haciéndolo. Esa era la verdad. Le encantaba ayudar a su madre en esos temas porque todo lo que tenía que ver con la informática a ella le fascinaba, no solo la programación o el diseño gráfico.

El jueves, cuando acababa de terminar la conexión con su academia, recibió un aviso de videoconferencia de Dereck. Esto le extrañó, porque aunque habían hablado todos los días desde el domingo que habían pasado juntos, siempre lo habían hecho más tarde, cuando ya ambos habían terminado con sus respectivas tareas.

Atena aceptó la videoconferencia e inmediatamente surgió ante ella el busto de su nuevo amigo.

—Hola, Atena.

—¿Qué tal, Dereck? ¿Alguna novedad? —preguntó intrigada.

—Pues sí. Hay novedades. Ya se ha concretado el día y la hora para bombardear las redes.

—¿Sí? ¿Cuándo será?

—Mañana a las siete de la tarde.

—¿Por qué esa hora? —preguntó extrañada.

—Porque estadísticamente es la hora más activa en las redes, cuando ya todo el mundo ha terminado en su trabajo y en los estudios.

—Perfecto entonces.

—¿Vas a ayudarnos?

—Por supuesto.

—Hemos acordado dedicarnos cada grupo a una red distinta para no coincidir y bombardear unas más que otras. Estamos concretando la distribución. En cuanto sepa cual nos toca, te lo digo.

—Muy bien.

—Por cierto, ¿tienes algún programa para enviar mensajes masivos?

—Creo que alguno tenía por ahí. Luego buscaré.

—Vale. Si no, me lo dices y te paso uno. Lo he programado yo y es muy efectivo a la vez que difícil de detectar y por tanto de eliminar.

—¿Se te da bien la programación?

—Es mi asignatura preferida.

—La mía es el diseño gráfico, aunque tampoco se me da mal la programación.

—Nos complementamos bien —valoró sonriendo.

—Sí... —murmuró avergonzada—. Bueno, envíame ese programa si es tan bueno —continuó reponiéndose.

—Te lo paso de inmediato. Verás que es muy sencillo de usar. Espero que con esto logremos algo, por lo menos que nos escuchen.

—¿Vamos a poner todos el mismo mensaje?

—¡Anda sí! Casi se me olvida. Pondremos: «Libre elección para tomar nuestras propias decisiones! ¡Fuera el GUÍA obligatorio!».

—Me gusta. Conciso pero claro.

Esa noche Atena no consiguió conciliar el sueño hasta bien entrada la medianoche. No dejaba de dar vueltas al gran paso que iba a dar involucrándose en esta reivindicación. Desde hacía muchos años el pueblo estaba tranquilo y no había revueltas de ningún tipo. No podía dejar de admitir que la inmensa mayoría de las personas estaban de acuerdo con la vida que llevaban, pero tampoco podía dejar de rondarle la cabeza que lo que ocurría era que la quietud se debía más a la falta de estímulo y al conformismo.

Por otra parte sentía tener que involucrar de alguna manera a sus padres en sus cuitas. Pero tras mucho meditarlo, estaba convencida de que esta lucha era justa, y aunque no sabía si ella, cuando le llegase la hora, se iba a poner el chip o no, lo que sí que tenía claro era que era indigno que cada individuo no tuviese elección a la hora de decidir si se lo ponía o no. Sabía que no tenía elección, su cabeza y su corazón se lo decían.

Al día siguiente, según iban pasando las horas, se iba poniendo cada vez más nerviosa. Desde bien temprano, Atena y Dereck estaban en contacto a través de sus respectivas pulseras de comunicación y en cuanto se terminaron las clases, Atena conectó todas las pantallas de las que disponía su sala de estudio: la del ordenador, la que tenía integrada en la pared, la flexible, la tableta e incluso la de su pulsera para tener diversidad de conexiones abiertas. Les pidió a sus padres que no la molestasen hasta que ella no saliese de la sala y abrió una videoconferencia con Dereck en la pantalla de la pared, dejando la del ordenador para la red en la que ellos iban a volcar el bombardeo de

mensajes y las otras para controlar otras redes.

—¿Qué tal estás, Atena? —preguntó su amigo en cuanto la vio.

—Muy nerviosa, la verdad.

—Yo también. Estoy histérico.

—¡Vaya! Eso me tranquiliza —le repuso soltando una carcajada.

—¡Bruja!

—¿Qué quieres? Me consuela saber que no soy la única que está nerviosa —argumentó con una amplia sonrisa.

Mientras conversaban, los dos fueron ajustando sus equipos para tenerlo todo a punto. Cuando tan solo quedaban cinco minutos para las siete, Dereck le informó de que habían conseguido movilizar a varios centenares de jóvenes y que en cada continente, varios de ellos, se iban a dedicar a retrasar todo lo posible la intervención del Gobierno para paralizar la acción.

—¡Oye! ¡No me has dicho durante cuánto tiempo!

—¡Es verdad! ¡Es que me quedo embobado cuando te veo! —bromeó—. En principio hemos pensado en una hora, pero mucha gente ha dicho que va a seguir hasta que se lo permitan o hasta que se cansen. Ahora prepárate.

A los pocos minutos, cuando llegó la hora, Dereck gritó:

—¡Adelante!

Los dos, junto con cientos de jóvenes comenzaron a volcar mensajes en todas las redes sociales, blogs, chats, webs, aplicaciones de mensajería instantánea, *microblogging*, etc. Durante muchos minutos cada uno estaba en lo suyo en silencio. En un momento dado, sin apartar la vista de sus pantallas, Dereck le preguntó:

—¿Qué tal vas?

—Bien, bien. Alucinando de lo que estamos haciendo. Está siendo un bombazo. Estoy viendo las noticias que se están publicando y están contando lo que está ocurriendo.

—¡Dale caña, Atena! No tardaran mucho en empezar a bloquearnos.

Los mensajes se multiplicaban exponencialmente porque, a su vez, otros

internautas fueron haciéndose eco de estos. Era como haber tirado una piedrecita en medio de un lago y ver como las ondas se iban haciendo cada vez más grandes hasta convertirse en un enorme tsunami. Es lo que tenían las redes...

\*\*\*

En un ordenador incorporado en una mesa de un amplio despacho se recibió un aviso urgente de videoconferencia. En cuanto fue aceptada, un rostro sumamente enfadado surgió en la enorme pantalla que había en la pared frente al asiento de la mesa.

—¿Te has enterado de lo que está pasando en las redes?

—Acaban de informarme.

—Quiero que se bloquee ¡ya!

—Estamos en ello.

—No quiero que estéis en ello, quiero que lo solucionéis ya, y además quiero saber quién o quiénes han hecho esto.

—De acuerdo, se hará como tú digas.

Dicho esto, el rostro desapareció de inmediato de la pantalla produciendo una mueca de fastidio en el destinatario de la videoconferencia.

\*\*\*

De repente, los dos jóvenes pudieron comprobar que los mensajes empezaron a borrarse, a continuación los servidores comenzaron a caer. Un verdadero caos sobrevino en la red de redes.

Cuando llevaban dos horas de profunda concentración, Dereck miró a Atena a través de la pantalla.

—Creo que ya podemos dejarlo. Ya no vale la pena, están todos los

servidores caídos.

—Sí, tienes razón.

—¡Ha sido fantástico! Creo que ha sido un éxito.

—Entonces, ¿crees que dará resultado?

—La verdad es que no, pero por ahora lo importante es que nos hemos hecho oír. Por lo menos que la gente sepa que existimos. Dentro de unos días volveremos a hacerlo. Espero que con ello se den cuenta de que no ha sido un hecho aislado y que vamos en serio.

—Espero que no tarden en restablecer todos los servidores. Tengo ganas de ver si la repercusión es duradera en el tiempo o también logran controlar las noticias.

Atena oyó el aviso de su pulsera que le informaba de que tenía un mensaje de su padre. Lo leyó y se dirigió a Dereck.

—Tengo que dejarte, Dereck, mis padres me reclaman.

—Vale. Ya nos vemos.

—Ok.

La joven se dirigió al salón donde estaban sus padres mirando la pantalla. Cuando la vieron entrar, ambos la miraron.

—Atena, ¿has tenido algo que ver con esto? —indagó su padre señalando la pantalla en la que se veía la noticia de los mensajes masivos en la red y su posterior caída. Eric posó los dedos en la mesa de centro que tenía delante de sus rodillas y pasó a otras páginas pulsando el teclado digital integrado en ella —. En todas las portadas de los periódicos digitales sale la noticia.

—Sí, papá. He colaborado.

—Pues parece que la habéis liado, chica —alabó con una sonrisa.

—Esa era la meta.

—Cariño, a mí me preocupa lo que pueda pasar —reconoció su madre.

—Minerva, ya lo hemos hablado, es su vida —intervino su padre.

—Ya lo sé, Eric, pero no por eso voy a dejar de dar mi opinión. Y siento que esto puede traer graves consecuencias. Recordad que trabajo para el

Gobierno y se cómo funcionan las cosas.

—Mamá, sé que lo que te voy a decir no te va a gustar —reconoció Atena sentándose junto a su madre—, pero para mí esto ya se ha convertido en algo muy importante para la Humanidad. Cuando hablé contigo tenía mis dudas, ¿verdad? —Su madre asintió con la cabeza y ella continuó acariciando las manos de Minerva—. Pero ahora no las tengo. Sé lo que quiero y no solo por mí, sino por todo el mundo. No entiendo cómo hemos permitido que perdamos nuestra facultad de elección y quiero luchar para que nos la devuelvan. —Miró fijamente a su madre—. Pase lo que pase, mamá, pase lo que pase.

—¡Hija! —exclamó Minerva abrazando a la joven.

Eric se acercó y abriendo sus brazos las abarcó a las dos rodeándolas en un protector abrazo.

—Cariño —dijo Eric besando la cabeza de su hija—, mamá y yo nos sentimos muy orgullosos de ti por luchar por lo que crees justo, pero no podemos evitar preocuparnos por ti.

—Ni yo pretendo que no os preocupéis, como a mí me inquieta que esto os afecte en algo.

—Eso no va a ocurrir. La única forma en que nos puede afectar a nosotros, es en lo que te perjudique a ti.

Tras la conversación con sus padres, Atena se sintió mucho mejor. Por fin lo tenía todo claro y sus padres sabían todo lo que pensaba y la apoyaban. Cuando se fue a su habitación no pudo evitar llamar a Dereck para contarle lo que había pasado. Sabía que él la tranquilizaría. Tenía ese poder. Lo había descubierto a lo largo de las conversaciones que habían mantenido durante los últimos días. Su templanza y sosiego al hablar, con contundencia pero sin inquina o fanatismo. Era un joven equilibrado, de fuertes convicciones y muy inteligente, todo ello envuelto en un cuerpo de escándalo. La verdad es que todo en él la fascinaba.

Después de contarle la conversación que había tenido con sus padres,

Dereck le confesó que los suyos no entendían lo que estaban haciendo.

—Ya no hablamos sobre el tema —añadió el joven—, porque aunque yo comprendo su libertad de opinar, ellos no lo hacen con respecto a mí y cada vez que hablamos, o más bien discutimos, nos encerramos en un bucle.

—Lo siento, Dereck.

—No te preocupes, ya estoy acostumbrado. Lo que más lamento es que estoy convencido de que mis padres utilizan el GUÍA cada vez que sale el tema y el programa es el que decide la opinión que luego ellos defienden ante mí.

—¿En serio?

—Ya lo creo. Hasta ese extremo hemos llegado en la dependencia con ese dichoso chip.

—Pero eso me suena más a esclavitud.

—Efectivamente. Y que conste que la culpa de esto la tenemos nosotros mismos por comodidad. Nadie nos ha obligado a depender tanto del GUÍA.

—¿Has visto las noticias? Yo creo que hemos dado un gran avance.

—Sí, lo he visto, pero tenemos que ir paso a paso, no vamos a creer que ya tenemos todo hecho. Ha sido un gran progreso, no cabe duda, porque gracias a él nos hemos dado a conocer, pero a partir de ahora viene lo más difícil.

—¿Y cuándo piensas que deberíamos hacer otro bombardeo?

—Pues yo esperaría unos días para que se confiaran de nuevo. Si lo repetimos enseguida, seguro que estarán controlando internet para evitar que lo volvamos a hacer. Lo hablaremos y ya te diré. Por cierto... ¿nos vemos este fin de semana? Quería enseñarte una cosa.

—¿Qué cosa?

—Es una sorpresa.

—Me dejas intrigada.

—Solo te voy a decir que es un lugar al que me gusta mucho ir.

—Ahora sí que me voy a quedar expectante hasta que me lleves.

Dereck soltó una carcajada.

—¡Pero si mañana es sábado!

Atena se echó a reír también.

—Pues tienes razón. Entonces, ¿mañana a qué hora? ¿Dónde?

—Paso a por ti a las diez. Cogeré el coche de mi familia.

—Ok.

Como sabía que ocurriría, cuando Atena terminó de hablar con Dereck, estaba mucho más tranquila y concilió el sueño enseguida.

## Capítulo 6

Dereck llegó puntual a la cita pero la joven ya lo esperaba impaciente en la acera. Ordenó al coche que abriera la puerta y Atena se introdujo en él sentándose a su lado.

—Hola —saludó mirándolo sonriente.

—Buenos días.

—¿A dónde me llevas?

—¡Serás terca! —le respondió riéndose—. Cuando llegemos lo verás.

Dereck introdujo las coordenadas en el ordenador del coche y este inició el viaje suavemente. Se giró para mirar a la joven y le dijo:

—Estás muy guapa.

Atena, después de pelearse un buen rato con el espejo para elegir el vestuario adecuado, se había decidido por unos ajustados vaqueros que torneaban muy bien sus piernas y una blusa entallada sin mangas de color azul eléctrico que hacía destacar el color de sus ojos.

—Gracias —le respondió sonriente—. Tú también.

Dereck había optado por unos bermudas de color caqui con una camiseta blanca que le resaltaba el moreno de su piel y de un tejido ajustable que le marcaba todos los músculos de su tórax.

—¡Vaya! ¡Gracias!

—¿Ahora sí que me lo vas a decir? —indagó con rostro pícaro.

—¡Serás tramposa! Toda esta amabilidad para que te diga dónde vamos, ¿eh?

Atena soltó una carcajada.

—Es broma. No voy a insistir. Me gustan las sorpresas.

Dereck sacó una foto de ambos con su pulsera de comunicación, publicándola de inmediato. Los dos jóvenes bromearon todo el camino. Era el

momento de disfrutar y a ello se dedicaron.

Atena no se dio cuenta de que habían llegado a su destino hasta que notó que el coche se paraba. Dejó de mirar a Dereck y observó alrededor para ver dónde se encontraban.

—¡Anda! ¡Aquí he estado yo! Vine a pasar un día con mis padres. Es el Centro de Realidad Virtual, ¿verdad?

—Efectivamente. Pero lo que quiero enseñarte está dentro.

—¡Venga! ¡Vamos! Me gustó mucho la otra vez que vine.

Bajaron los dos del coche, Dereck lo cerró con su pulsera de comunicación y se dirigieron a la puerta principal. Entraron y el joven pasó su dispositivo por el escáner de entrada. En el panel salió anunciado la sala que les correspondía y hacia allí se dirigieron. En la puerta había una pantalla digital donde Dereck seleccionó el lugar que quería compartir con Atena. Cogió las dos gafas virtuales dándole una a la joven.

—Póntelas —le pidió mientras él hacía lo mismo con las suyas. Le cogió de la mano y juntos entraron a...

—¡Madre mía, Dereck! ¡Esto es maravilloso!

Atena giró su cabeza alrededor contemplando su entorno. Se encontraban en una minúscula isla rodeada por aguas cristalinas que no sería mucho más grande que su propia casa. En el centro de la isla había un pequeño bosque extendiendo su manto verde hasta casi el agua y junto a este una minúscula cabaña de troncos. Notó la arena caliente y bajando la mirada vio sus pies desnudos hundidos en la arena.

—Es mi lugar preferido. Vengo aquí cuando quiero relajarme —oyó decir a Dereck—. Ven, vamos a la cabaña.

Cogidos de la mano y hundiendo los pies en la arena, se encaminaron hacia la cabaña. Atena no dejaba de girar la cabeza mirando el sol reluciente, el mar infinito de aguas transparentes, el verde de la vegetación... Entraron dentro de la cabaña y en un rincón vio dos conjuntos completos de submarinismo.

—Vamos a ponernos los trajes de neopreno —le dijo Dereck dándole uno —. ¿Has buceado alguna vez?

—No, nunca.

Junto a los trajes había dos sofisticados cascos de inmersión.

—Estos cascos permiten una autonomía de cinco horas. Solo tienes que ponerte el casco en la cabeza y el cuello se ajusta automáticamente al traje. Es muy sencillo, todo lo hace el casco solo. ¿Te ayudo a colocarte el traje o podrás tu sola?

—Puedo yo sola.

—Pues me salgo para que te pongas tú el tuyo. Yo lo hago fuera.

—Vale.

Cuando Atena salió de la cabaña, Dereck la ayudó a ponerse el caso y las aletas y cogiéndola de nuevo de la mano, tiró de ella para que la siguiera.

—La isla está rodeada por un arrecife de coral. Verás que maravilla.

Poco a poco se fueron introduciendo en el agua hasta que les llegó por el pecho. Era cálida y tan clara que se veía el fondo con nitidez. Al principio solo se veía arena inmaculada, pero de repente se acabó la arena y apareció ante sus ojos un manto de corales pétreos de muy diversos colores.

—Ahora nos sumergimos. Tranquila que no te va a pasar nada. Iremos despacio para que te acostumbres.

—No tengo miedo, tranquilo tú, estoy deseando sumergirme. Ya lo que veo desde aquí me parece maravilloso, cuando nos sumerjamos va ser increíble.

—Pues entonces no hablemos más. ¡Sígueme!

Dereck elevó las piernas hacia atrás e introdujo su cabeza en el agua sin soltarle la mano a Atena que lo imitó. El joven comenzó a mover sus piernas para avanzar. Al poco tiempo, la muchacha pudo ver cómo el suelo marino se hundía abruptamente y Dereck se sumergía hacia el fondo arrastrándola tras él.

Cientos o miles de peces de multitud de colores aparecieron ante sus ojos. La mayoría iban en pequeñas bandadas. Era un espectáculo visual con destellos amarillos brillantes, rosas fucsias, azules eléctricos... Los más

pequeños revoloteaban entre los distintos corales como si estuviesen jugando al escondite. Atena no sabía dónde mirar. Todo le parecía mágico y quería verlo absolutamente todo al detalle, sin que se le escapase nada. Dereck le apretó la mano para conseguir que su amiga lo mirase. Ella giró la cabeza y el joven le señaló con el dedo una pequeña colonia de corales de color lila con los pólipos bailando siguiendo el movimiento del mar. Dereck acercó aún más el dedo, casi tocándolos y los pequeños tentáculos se retractaron hasta desaparecer. Junto a la pequeña colonia, en la arena, se movía con lentitud una estrella de mar azul. Alrededor se veían peces payasos asomándose a través de los tentáculos de sus lechos de anémonas, los peces pepinos reptaban por el fondo, un cangrejo curioso asomaba sus pinzas entre las estructuras coralinas y escondido en una oquedad, un pez globo observa su entorno. Atena estaba viviendo esta aventura con enorme asombro. Dereck le hizo señales para que fuera tras él y siguiendo el margen del arrecife la fue llevando hasta una zona donde había una gran cueva submarina en la pared. La instó a entrar en ella detrás de él y la fue conduciendo por túneles de coral de multitud de variedades que convivían entre ellos respetando cada uno su espacio. Avanzaron hasta llegar a una enorme abertura, tan grande como una catedral y en cuyo techo había un gran orificio por donde se filtraba la luz iluminándolo todo con centelleos multicolores. Miles de peces daban vueltas alrededor de sus paredes como si fuese una danza arcaica para rendir culto al sol. Los peces pasaban junto a ellos tan cerca que algunos de ellos se rozaban con Atena y esta alargaba la mano para tocarlos produciendo pequeñas desbandadas. El tiempo se le pasó enseguida y cuando Dereck le apretó la mano para señalarle que debían volver, la decepción se plasmó en su rostro.

Cuando salieron a la arena, se quitaron el casco y las aletas y se sentaron en la orilla contemplando el horizonte marítimo.

—No tengo palabras para explicar lo que he vivido ahí abajo, Dereck. Maravilloso se me queda pequeño. Gracias por haberme traído, de verdad — aseveró la joven mirando a su amigo.

—No tienes nada que agradecerme. A mí me ha hecho muy feliz

compartirlo contigo y más viendo que lo has disfrutado tanto como yo lo gozo.

—No lo olvidaré nunca.

—Vendremos todas las veces que quieras.

Dereck se acercó a Atena y le pasó el brazo por los hombros, la joven recostó su cabeza en el hombro de él mientras ambos contemplaban la caída del sol.

—Sé que esto no es real aquí y en este momento, pero el saber que esto ocurre de verdad en alguna parte del mundo, me hace vivirlo con mucha intensidad. No hay nada que me apetezca más en la vida que hacer este momento real —constató Dereck—. Siempre lo he deseado, pero ahora, al compartirlo contigo, el deseo se me ha hecho mucho más fuerte —continuó el joven terminando con un beso en la coronilla de Atena.

El pecho de la joven se embargó de emoción al oír las palabras de su amigo y sintió dentro de ella el mismo deseo.

—Lo único que lamento es saber que muchos de los grandes arrecifes coralinos estaban en el hemisferio sur, por lo que supongo que se habrán destruido —susurró con pesar.

Atena abrazó su cintura para transmitirle consuelo y comprensión.

—¿Sabes? —continuó el joven—, mis padres poseen un barco de vela atracado en un embarcadero casi en la desembocadura del río Támesis. Solemos ir a pasar algunos días de vacaciones en él, pero a mis padres no les gusta apartarse mucho de la costa y nuestras rutas suelen rodear la isla de Metrópolis o, como mucho, acercarnos al norte del continente europeo. Yo, sin embargo, sueño con navegar con él hacia otras aguas, surcando el mar como un pirata.

—¿Con pata de palo incluida? —preguntó con sorna Atena.

Dereck soltó una carcajada y le contestó:

—Con pata de palo no, pero no estaría mal encontrar algún tesoro.

—¿Pero sabes manejar el velero o eres un pirata de pega?

—¡Por supuesto que sé manejarlo! Soy el encargado de llevarlo cuando

navego con mi familia. Desde pequeño he tenido esa afición y de año en año he ido aprendiendo, hasta ser un gran marino —confirmó con una sonrisa en sus labios que plasmaba lo mucho que le gustaba.

—Yo no he viajado nunca en un barco de vela. Me encanta verlos. Suelo ir al puerto a pasear y cuando alguno zarpa, me quedo embobada mirándolos. Me parece bello verlos surcar el agua.

—Lo es y más bello es estar sobre él y sentir la brisa marina removerte el pelo. Algún día te invitaré.

—Eso será si tus padres te dejan.

Dereck la miró con intensidad.

—Yo creo que lo harán.

Después de pasar un tiempo de relajación en la playa de esa minúscula isla, el resto del día se rigió por el mismo ritmo del tiempo. Con tranquilidad, paseando, se dirigieron hacia un restaurante donde habían decidido comer. Lo hicieron con lentitud, conversando casi entre susurros y sin prisas. Después dedicaron gran parte de la tarde a pasear por un frondoso bosque cercano cuyos caminos se convertían en un hermoso laberinto entre altos olmos y un manto de madreselvas silvestres que contrastaban con el verde brillante de los helechos. Cogidos de la mano, Atena y Dereck hablaron de todo y de nada. Las conversaciones y confidencias se intercalaban entre emotivos silencios.

Ambos jóvenes realizaron varias fotografías de los dos capturando como fondo la belleza del entorno, publicándolas en sus respectivas redes sociales. En un claro de blando césped se tumbaron bajo el cielo azul hasta que este se llenó de estrellas. Ya era hora de volver.

Cuando el coche de Dereck se paró en la puerta de la casa de Atena, esta sentía que se habían dado el uno al otro desde dentro hacia fuera, pero también tenía la certeza de que vivirían muchos momentos como los que acababan de pasar porque la conexión que se había establecido entre ellos era especial y difícil de obtener. Por un momento le vino a la cabeza la posibilidad de que el

GUÍA le indicara a otro hombre que no fuese Dereck como pareja ideal suya. ¿Qué sucedería? ¿Se conformaría? ¿O el programa acertaría y lo elegiría a él? No quiso ahondar en el tema y lo apartó de su mente.

Dereck le dio un beso en los labios como despedida antes de que la joven abandonase el coche y entrase en su casa con la sensación de que había sido el mejor día de su vida.

## Capítulo 7

Al poco tiempo de llegar a su sala de estudio recibió un aviso de videoconferencia de su amigo Alex. Le extrañó, porque ya era algo tarde y su amigo solía llamarla más temprano para jugar una partida a alguno de sus juegos preferidos, pero pensó que ella no había estado en todo el día y seguramente la habría echado de menos en el chat que compartían con otros asiduos jugadores.

—¡Hola, Alex! ¿Quieres que juguemos a algo?

—Hola, Atena. No, no era por eso por lo que te he llamado.

—Entonces, dime, ¿te ocurre algo?

—No, que va. Solo quería comentarte un par de cosas.

—Dime.

Alex giró la cabeza para comprobar que la puerta de su sala de estudio estaba cerrada y bajando el tono le dijo:

—Supongo que te has enterado de los mensajes sobre la libre elección del GUÍA que se volcaron masivamente en todas las redes sociales.

—Si... claro...

—Mira, no quiero que me digas si tú tienes algo que ver o no. Después de la conversación que tuvimos el otro día me dejaste muy preocupado y cuando sucedió esto, enseguida pensé en ti.

—Me lo imagino.

—Pero he de avisarte de algo. Tú sabes que mi madre trabaja en la secretaría del Gobierno y mi padre es un alto directivo de TEFUCO.

—Sí, lo sé.

—Bien. Pues ayer los oí hablar sobre el tema y por lo que pude deducir, están decididos a localizar a los culpables. Están rastreando las redes.

A Atena no le asombró, más bien se lo esperaba.

—Entiendo... Gracias, Alex.

—Atena, también quiero que sepas que yo soy muy feliz desde que tengo puesto el chip. Veo las cosas mucho más claras y tengo un camino al que seguir. No sé si esto te servirá de algo ante tus dudas, pero quiero que lo sepas.

Atena se sintió desolada y su rostro lo plasmó.

—Alex, no me has entendido. Yo no quiero que el chip deje de implantarse. No es eso. Mi lucha es otra. Tú mismo lo has dicho al principio de la conversación. Lo que yo reivindico y conmigo cientos de jóvenes, es la libre elección para decidir si me lo quiero poner o no. Insisto, no queremos que se elimine el GUÍA, pero yo no quiero que ese programa me diga cuál es mi camino a seguir como tú quieres y te sientes feliz de ello. Yo quiero tener la voluntad de elegir mi camino, con o sin el GUÍA. Quiero tener el poder en mis manos, en mi decisión, no que una ley dictada por el gobierno me obligue a elegir mi propio destino. Quiero tener la incertidumbre de si seré capaz de elegir bien. Y si eso me aterra, tener también la oportunidad, como tú, de querer que un programa me lo facilite todo.

—Pero la ley...

—Las leyes son normas escritas en un papel, Alex —le atajó—. Los hombres escriben las leyes y los hombres pueden cambiarlas. ¿O acaso crees que siempre ha estado esa ley?

—No, por supuesto que no.

—Nuestros antepasados vivieron miles de años sin ella. Es más, al principio de crearse el chip, el implante era voluntario.

—Sí, lo sé.

—Pues eso es lo que me gustaría a mí. El problema que tenemos ahora es que prevalecen los intereses de TEFUCO ante los de los individuos.

—Te he entendido, Atena. Ahora sí y espero que consigas lo que quieres. Si me entero de algo más, te lo haré saber.

—Gracias, Alex.

En cuanto cerró la videoconferencia con su amigo, solicitó una con Dereck. Enseguida pudo verlo en la pantalla.

—Iba a llamarte ahora mismo.

—¿Por?

—Me acaban de informar de que han localizado muestras de rastreo en las redes. Piensan que están intentando localizarnos.

—Te lo confirmo. Así es. Por eso te llamaba. Un amigo me ha avisado de que el Gobierno y TEFUCO se han unido para dar con nosotros. ¿Qué podemos hacer?

—Ya lo estamos haciendo. Se lo estamos poniendo lo más difícil que podemos. Aunque supongo que solo es cuestión de tiempo, tarde o temprano nos pillarán. Ahora bien, ¿qué van a hacer con nosotros? No hemos cometido ningún delito.

—Yo creo que deberíamos adelantar el próximo volcado de mensajes antes de que nos localicen y lo eviten.

—Es posible que tengas razón. Lo hablaré con la gente, pero habrá que tener en cuenta también que si lo hacemos ahora, cuando ellos nos están rastreando, nos exponemos con mucha mayor certeza a que nos encuentren y además será mucho más fácil que nos bloqueen, porque se darán cuenta enseguida de nuestra acción.

—Habrá que medir los pros y los contras.

—Te dejo, Atena, me reclaman. Ya te informaré.

Atena decidió desinhibirse oyendo música. Cogió los dos dispositivos sonoros y se los introdujo en cada oído. Con su pulsera seleccionó la música que quería oír y se fue a su habitación tumbándose en la cama con los ojos cerrados. Su mente se fue inmediatamente a recordar el día que había pasado con Dereck. Volvió a ver los variopintos colores del arrecife coralino, casi sintió las cálidas aguas en su piel y gozó de nuevo de la tranquilidad y el sosiego que había disfrutado todo el día junto al joven.

Estaba tan ensimismada en la música y en sus pensamientos que no se dio cuenta de que la casa, a través de su pulsera, le había avisado de que sus padres acababan de entrar en ella. Cuando sintió que algo le tocaba la pierna dio un brusco respingo y abrió los ojos encontrando frente a ella a su madre. Se quitó de los oídos los dispositivos sonoros.

—¡Qué susto me has dado!

—Ya me he dado cuenta —corroboró Minerva sonriendo—. Perdona, no era mi intención.

—¿Qué tal? ¿Dónde habéis estado?

—Hemos asistido a una mesa redonda de lectura creativa. Puedes verlo en mis redes sociales.

—Estupendo, luego lo veré —aseguró Atena—. ¿Y qué tal ha estado?

—Nos ha gustado mucho. Me encanta ver cómo se hace realidad la imaginación de la gente y la mía propia, claro. Hemos creado entre todos una historia rocambolesca. Si vieras como surgían los personajes en el holograma, alucinarías. Cada uno íbamos aportando un fragmento de la historia y se mezclaban todo tipo de seres, unos más reales y otros totalmente ficticios. Pero bueno, al final hemos conseguido darle continuidad y lo más importante: un final feliz —le contó su madre terminando con una fuerte carcajada.

—Pues me alegro. Adoro los finales felices.

—¿Y tú? ¿Qué tal?

—Maravilloso, mamá, maravilloso.

—¡¿No me digas?! —exclamó—. Cuenta, cuenta.

La joven se echó a reír al ver las ganas de saberlo todo de su madre. Le contó dónde la había llevado Dereck con una inmensa felicidad reflejada en su cara y le enseñó las fotos que había publicado.

—Te gusta Dereck, ¿verdad? —señaló su madre en cuanto acabó de contarle su extraordinario día.

—Mamá, por dentro y por fuera. Me gustaría que lo conocieras —se sinceró.

—Y a mí me apetece conocerlo, pero Atena, sabes que no debes encariñarte con él, ¿verdad?

—¡Mamá!

—Cariño, no quiero que sufras y la verdad, aunque ya te he dicho que te apoyaré en todo, dudo mucho que consigáis lo que pretendéis y al final tendrás que utilizar el GUÍA para encontrar novio y marido.

En ese preciso momento sonó en la pulsera de Atena el aviso urgente de un mensaje. La joven elevó el brazo y leyó: «Necesito hablar contigo cuanto antes». Volvió a mirar a su madre.

—No te preocupes por mí. Ya veremos lo que pasa. El tiempo nos dirá lo que podemos o no hacer. Ahora tengo cosas que hacer, mamá, lo siento, en otro momento hablamos —continuó, dándole un beso a su madre y levantándose de la cama—. De verdad, no te preocupes por mí.

—¿No vas a cenar? Ya es muy tarde y papá y yo vamos a cenar algo ligero y nos vamos a la cama inmediatamente.

—No, gracias. He comido demasiado hoy. Lo más seguro es que me tome un vaso de vitaminas antes de dormir. Nada más.

—Bien. Pues si no nos vemos, que tengas felices sueños, cariño —le deseó su madre a la vez que le daba un beso en la frente.

—Lo mismo te deseo, mamá.

Salió con ligereza de su habitación y entró en su sala de estudio. Inmediatamente se sentó frente al ordenador y le mandó un aviso a Dereck para realizar una videoconferencia.

—¿Ocurre algo? —le increpó en cuanto salió su rostro en la pantalla.

—Hay novedades. Como tú sugeriste, se adelanta la próxima actuación a mañana a las cinco de la tarde.

—¿Un domingo?

—Bueno, hemos pensado que a lo mejor así les pillamos algo desprevenidos, además hemos supuesto que al ser un día de fiesta, habrá

menos gente rastreando la red —sonrió y añadió—: Supongo que es una forma de hacernos ilusiones.

—A mí me parece bien. Cuanto antes, mejor.

—Las directrices son las mismas. De la misma forma y en el mismo sitio. ¿Lo tienes todo claro?

—Sí, tranquilo.

—¿Mañana nos vemos a eso de las cuatro?

—Perfecto.

Atena observó como Dereck se remecía por detrás de la oreja un mechón de su cabello que se le había caído sobre su rostro, al tiempo que su nuez de Adán subía y bajaba revelando un incipiente nerviosismo. Parecía que quería decir algo pero que no se atrevía.

—¿Ocurre algo, Dereck? —inquirió preocupada.

Obviamente no conocía mucho a Dereck, pero, desde que habían tenido contacto, se había dado cuenta de que su cara expresaba todos sus pensamientos como un libro abierto, sin ocultar nada.

Sin embargo, lo que ahora le estaba llamado la atención era que en cuanto le había hecho la pregunta, un rubor le había coloreado el rostro. Lo miró, elevando las cejas apremiándolo para que contestase.

—Verás... —comenzó con voz tímida—. Solo quería decirte que me lo he pasado genial contigo hoy.

Atena notó que el corazón se le aceleraba a mil por hora.

—Yo también.

—¿De verdad? —preguntó ansioso.

—¡Claro que sí! —Lo miró dubitativa. No sabía si abrirle algo más su corazón. Aspiró aire con fuerza y se lanzó—. La verdad es que para mí ha sido un día muy especial, mágico.

—¡Esa misma sensación tengo yo! Es como si estuviese flotando entre nubes y todo hubiese sido un sueño. Mágico, sí. Esa es la palabra.

El ser correspondido en sus sensaciones le hizo envalentonarse para

continuar expresando lo que quería decirle.

—¿Sabes? —continuó—. Yo nunca había sentido la necesidad de compartir mis pensamientos y deseos más personales con nadie y contigo me han salido solos. Ha sido como si me los contase a mí mismo, pero en voz alta. —En su rostro se dibujó una sonrisa de medio lado—. Sé que suena extraño.

—No, no, para nada. Entiendo lo que quieres decir. A mí también me ha pasado. Yo solo tengo un gran amigo al que le cuento todo, pero es que nos conocemos desde siempre. Es como si fuese mi hermano. Lo hemos compartido todo desde que nacimos. Bueno, y tengo que confesar que con mis padres también comparto muchas cosas, casi todas. Pero aparte de ellos, que son mi familia, jamás había dejado que alguien más me conociera por dentro como tú ya me conoces.

—Tienes mucha suerte de tenerlos, Atena. Yo nunca he podido compartirlo todo con mi familia. Ya sabes la relación que tengo con mi hermano, pero es que con mis padres aún es más lejana. No sé el motivo. Quizás porque me cansé de pensar distinto a ellos y discutir constantemente. Ahora ya no lo solemos hacer, claro, pero es porque procuro callarme la boca y no dar mi opinión.

—Pues eso es muy triste. De verdad que lo lamento. Yo siento todo lo contrario con mis padres. En nuestra familia todo se puede hablar sin llegar a discutir. Cada uno aporta su opinión libremente y ya está. Eso es lo que ellos me han inculcado. He de admitir que son geniales —concluyó con una sonrisa de ternura en sus labios.

Los dos jóvenes continuaron hablando durante un largo rato más, pero al final, cuando la noche ya se había convertido en madrugada y faltaba poco tiempo para el amanecer, tuvieron que despedirse. Aunque a ambos, al acostarse en sus respectivas camas, la mente se les llenó con las imágenes que habían protagonizado los dos ese mismo día.

## Capítulo 8

Atena aprovechó la mañana del domingo para darse un baño en la piscina de la comunidad junto a sus amigos. A la joven le encantaba zambullirse una y otra vez en las aguas climatizadas y hacer carreras de natación con sus vecinos y amigos. Allí estaba también Alex al que le encantaba desafiarle y se picaba mucho cuando perdía.

Durante un rato de descanso, se sentaron ambos junto a otros amigos en el borde de la piscina.

—¡Fotos! —exclamó uno de los amigos, elevando su brazo y haciendo varias fotos del grupo de amigos publicándolas en una aplicación de mensajería instantánea para enviarlas de inmediato a todos los que estaban allí.

—¿Sabes? Ya tengo decidido lo que voy a estudiar —le informó Alex.

—¿Decidido o asignado?

—Atena...

—Perdona, dime... ¿qué va a ser?

—Química.

—¡Vaya! Entonces, enhorabuena. Era tu asignatura preferida, ¿no?

—Sí, ya lo creo. Me encanta.

—Y ahora dime... ¿no habrías elegido tú lo mismo si no tuvieras puesto el GUÍA? —le susurró al oído.

Alex miró a su amiga con el ceño fruncido y rostro de preocupación.

—Sí, Atena, vale, lo habría elegido, pero no creo que debamos hablar sobre esto aquí —le contestó también susurrando.

—Lo sé, perdona...

—Hay demasiados oídos y gente fanática en todos lados. Y aunque yo defienda también el programa, ante todo soy tu amigo, pero no todo el mundo

piensa igual —concluyó girando la cabeza a ambos lados y fijando su mirada alrededor.

—Ya, ya, vuelvo a disculparme. No quiero comprometerte.

—¡Atena! ¡Que no es por mí, caray! ¡Es por ti!

La joven bajó la cabeza avergonzada.

—Perdona...

Su amigo soltó una carcajada. Atena se lo quedó mirando atónita.

—¡Es asombroso! En un minuto has pedido tres veces perdón.

Atena se rio también.

—Te reto ida y vuelta a crol ¡YA! —terminó echándose al agua.

Alex soltó un exabrupto y se lanzó a perseguirla.

Cuando el grupo de amigos decidió disolverse e irse cada uno a su casa para comer, Alex y Atena acordaron almorzar los dos juntos en un jardín cercano tras comprar la comida en un restaurante de comida para llevar. Ambos querían estar juntos, solos, alejados de otros oídos para poder hablar con libertad.

Primero se dedicaron a saborear lo que habían comprado con tranquilidad aunque Atena tenía el tiempo contado ya que tenía que acudir a su cita con Dereck, pero Alex era su mejor amigo de toda la vida y quería compartir con él el proceso por el que estaba pasando.

—Desembucha —dijo Alex en un momento dado.

Atena lo miró sorprendida.

—¿Piensas que no te conozco? —continuó el joven—. Sé que quieres hablarme de algo muy importante para ti y no sabes cómo hacerlo.

La joven sonrió a la vez que lo miraba con cariño.

—Cuando digo que eres el mejor amigo del mundo, no lo digo por decir.

—¡Eso espero! —exclamó Alex sonriendo también a su vez.

Pero al momento se le fue la sonrisa porque sospechaba que lo que su amiga le quería contar era algo que no le iba a gustar.

—Venga, dime lo que sea —volvió a instarla.

—Tengo dos cosas que contarte y las dos son muy importantes para mí.

Hizo otra pausa porque iba a poner su corazón en las manos de su amigo y eso le costaba aunque fuese con él.

—Empieza ya, Atena, que me estas poniendo muy nervioso.

—Perdona, Alex. Bien, primero quiero contarte que he conocido a alguien...

—Alguien... ¿te refieres a alguien especial?

Atena agachó la cabeza avergonzada y un rojo subido coloreó sus mejillas.

—Sí... alguien especial —levantó la mirada hacia su amigo—. Me gusta mucho, Alex. Mucho. Es maravilloso. Jamás había sentido algo así por otro chico.

—¿Lo conozco?

—No. Lo he conocido a través de la red. Él forma parte del grupo de chicos que estamos intentando que cambie la ley sobre el GUÍA.

—¿Es el que te ha metido en este lío? —interrogó con el ceño fruncido.

—¡No! Él se ha limitado a responder a las preguntas que yo ya tenía y a resolverme las dudas que daban vueltas en mi cabeza. Bueno, más que responderme, me ha guiado a resolverlas facilitándome la información que iba buscando. Además, Alex, esto no es un lío. Es una reivindicación que beneficia a la humanidad.

—Bueno, Atena, eso para ti. Tú ya conoces mi postura.

—Sí, lo sé. Y de eso se trata la otra cosa de la que te quería hablar. Sé tu postura, sí, pero tú eres mi mejor amigo y no puedo dejarte de lado y no contarte lo que me pasa.

—Sabes que me puedes hablar de lo que quieras y que yo guardaré el mayor de los secretos por ti.

—Claro que sí, Alex, pero me sabe mal meterte en este, como tú lo llamas, lío, aunque solo sea a través de mí.

—Tranquila, a mí no me metes en nada. Solo escucho a una amiga muy querida.

—Gracias.

—No, Atena, las gracias te las doy yo a ti por la confianza que me das hablando conmigo sobre tus temas más personales.

Alex se acercó a la joven, le puso un brazo sobre sus hombros y le dio un beso en la mejilla.

—Nuestra amistad está por encima de todo —continuó el joven—. Así que ahora cuéntame que te preocupa sobre ese tema —concluyó poniendo énfasis en la palabra «ese».

Atena miró con fijeza a su amigo. Llevaban toda la vida juntos porque sus padres ya eran amigos antes de nacer ellos. Desde niños habían compartido muchas vivencias y se habían hecho inseparables. Tanto era así, que sus padres tuvieron que ponerse de acuerdo en la escuela infantil a la que acudieron de niños porque querían ir juntos y se deshacían en llantos si no era así.

En todos los grandes acontecimientos de los dos habían estado unidos. Cuando Alex se rompió una pierna y tuvo que ser intervenido para regenerarle la tibia, ella había estado con él en su casa, cogiéndolo de la mano. No es que doliese, ni fuese peligroso, ni nada, pero él necesitaba su compañía. Igual que ella lo necesitó cuando un grupo de chicos y chicas de la academia a la que se conectaban y que ambos habían elegido, les dio por burlarse de ella en las redes y le hicieron un gran boicot que le hizo derramar muchas lágrimas. Él siempre había estado allí, apoyándola y gracias a su ayuda y a la de sus padres, habían conseguido localizar a los culpables y se les sancionó, cambiándolos de academia y con trabajos a la comunidad.

Por eso necesitaba contarle todo lo que le pasaba. Era una necesidad imperiosa que siempre le ocurría cuando algo era trascendental para ella.

—Alex, he tomado una determinación. Voy a seguir con esto hasta el final, pase lo que pase.

—¿Qué quieres decir con pase lo que pase?

—Pues que estoy dispuesta a llegar hasta las últimas consecuencias. — Atena posó una mano sobre la de Alex—. Mira, no sé qué puede pasar, pero

tengo un cosquilleo en el estómago que no augura nada bueno, pero aun así, no pienso dejarlo. Eso es todo lo que quería decirte.

Alex se quedó pensativo mirando fijamente a su amiga.

—No me gusta nada lo que dices y menos el tono en qué lo dices. Solo puedo decirte que estaré contigo en todo y que intentaré averiguar lo que pueda de mis padres.

—No, Alex, no quiero que te la juegues por mí.

El joven la abrazó con ternura.

—No voy a hacerlo, cariño, no te preocupes tanto por mí, por favor.

A las cuatro en punto tenía a Dereck en la pantalla. Como la otra vez, se veía a los dos jóvenes preparándose en silencio para colaborar en el bombardeo masivo de mensajes.

—Cuando termine todo habrá que estar prevenidos porque hoy, al estar ellos pendientes, obtendrán mucha más información sobre nosotros y seguro que localizarán a muchos —observó Dereck pocos minutos antes de la hora señalada.

—Bueno, como tú dijiste el otro día, no cometemos ningún delito.

—Pero ellos no dejan de tener el poder y nos pueden complicar la vida un poco. Ahora al tajo, se acerca el momento.

—Preparada.

Igual que la otra vez, a la orden de Dereck, se comenzó el vertido masivo de mensajes en las redes sociales, webs, blogs, chats, *microblogging*, aplicaciones de mensajería instantánea, etcétera que tenía asignado su equipo.

Atena pudo comprobar a la vez que realizaba su tarea, que ocurría lo mismo en el resto de la red. Otra vez tuvo una reacción en cadena propagándose y multiplicándose los mensajes por miles y miles.

\*\*\*

Un aviso urgente de videoconferencia sonó en una pulsera de comunicación. La persona receptora rápidamente se retiró a su despacho y mandó la solicitud. En cuanto apareció el rostro de la persona que le había urgido a hablar con él le inquirió.

—¿Qué ocurre?

—¿¿Cómo que qué ocurre?! ¿¿Qué demonios estás haciendo?! ¿¿Dónde estás?!

—Es domingo y estoy con mi familia.

Mientras contestaba recibió un mensaje urgente en su dispositivo de comunicación: «Otro ataque masivo de mensajes se está produciendo en estos momentos». Al leerlo frunció el ceño y miró a su interlocutor.

—Acabo de recibir un mensaje —continuó—. Ya estoy al tanto, me pongo inmediatamente al frente.

—Espero que dé mejores resultados esta vez. Ya te dije que quiero saber quiénes son. De todas formas, yo también he puesto a un grupo de profesionales para que los localicen. Y te advierto que, cuando eso ocurra, quiero que sean borrados de la red.

—¿Pero eso no puede ser!

—¿Cómo que no? Ya lo creo que puede ser.

—Aldous, tú sabes que quien no está en la red, no existe.

—Precisamente eso es lo que quiero.

—Creo que eso es llevarlo demasiado lejos. Seguro que es un grupo insignificante de muchachos que quieren dar la nota. Si le das tanta importancia, va a ser peor.

—Me da igual lo que tú pienses. Quiero que esa gentuza pague por lo que ha hecho. Nadie pone en peligro mi empresa. Esto hay que pararlo como sea mientras seguimos realizando pruebas para el implante neonatal. En cuanto lo logremos y el GUÍA esté colocado nada más nacer, ya no tendremos estos desmadres, pero mientras tanto, hay que pararlos ¡como sea!

—Pero Aldous, estás exagerando.

—¡Se hará lo que yo diga! ¡Y los quiero fuera de las redes! Avisa a tu jefa.  
—De acuerdo, hablaré con la presidenta.

\*\*\*

La noticia del nuevo bombardeo se dispersaba por todas las webs de noticias haciéndoles una enorme propaganda. Según pasaba el tiempo, se fueron sucediendo los bloqueos hasta que consiguieron que fuera muy difícil seguir volcando los mensajes.

—Atena, están rastreando la red a lo bestia. Lo mejor será que nos desconectemos un tiempo.

—¿Totalmente?

—No, con el ordenador con el que has hecho el bombardeo yo creo que será suficiente. Si no es así, lo mismo dará porque de todas formas nos localizarán. Depende del programa que utilicen para localizarnos y de la pericia de quién lo haga.

—Ya nos vemos mañana, ¿vale?

—Ok. Hasta mañana.

Pese a estar deseando saber cómo estaban yendo las cosas, al día siguiente Atena no pudo hablar con Dereck hasta la una.

—Atena, tenía ganas de hablar contigo —indicó Dereck en cuanto la vio.

—¿Qué pasa?

—Ni te lo imaginas. Han localizado a algunos y los están borrando de las redes.

—¡¿Cómo?!  
—Lo que oyes. Los borran por completo de la red.

—¡No me lo puedo creer! ¡Eso es borrar su existencia!

—La verdad es que no me esperaba esto. ¿Tanto miedo nos tienen?

—Pues yo creo que deberíamos responder de alguna forma, hacer algo,

¿no?

—¿Pero qué podemos hacer? Por ahora lo que estamos haciendo es volver a abrir los perfiles que borran, pero claro, su historial ya no está, así que es todo un gran lío. No se me ocurre nada más —expuso angustiada su amiga.

—Dereck, tenemos que hacernos oír. No podemos permitir que hagan esto.

Ambos se quedaron callados pensando.

—Creo que tengo una idea —habló al rato Atena—. Estoy recordando algo que leí en los libros que me pasaste.

—Dime.

—Según esos libros, antes, cuando la gente quería protestar sobre algo al gobierno, se reunían en algún lugar concreto para protestar todos juntos. Entonces, si nos borran de la red y no podemos reivindicar nada a través de esta, tendremos que hacerlo en persona. Hacernos ver y oír. Además, así la gente que nos vea, lo publicará en la red.

Dereck se quedó pensativo un rato más absorbiendo la sugerencia de Atena.

—Podría resultar...

—Dio resultados durante siglos. Había varios tipos de protestas: unas recorrían andando las calles más importantes de la ciudad; otras se hacían a las puertas del edificio del Gobierno durante unas horas y en otras se asentaban en alguna plaza durante días.

—Vale, voy a plantearlo, a ver qué opinan.

Mientras que Dereck hablaba con los demás responsables de los otros grupos, Atena se dedicó a echar un vistazo a la red para ver la repercusión que había tenido la actuación del día anterior.

La sociedad de este siglo vivía de cara a las redes sociales siendo fundamentales en el día a día de todos los individuos. Absolutamente todo se publicaba en las redes por no hablar de que los perfiles funcionaban casi como una tarjeta identificativa siendo estas ya casi obsoletas.

Pudo comprobar que aún se hablaba del tema, pero su sorpresa fue

descubrir que la acción se veía en las redes más como un ataque que como una forma de reivindicación.

Tal y como ella lo veía, la gente ya no estaba acostumbrada a este tipo de luchas así que lo principal era dar a conocer el motivo de todo lo que estaban haciendo, que la gente no tuviese miedo a que pretendieran romper el orden establecido. Sabía que era difícil de conseguir. Sus contrincantes eran muy fuertes y tenían el poder en sus manos, pero ellos ahora tenían la fuerza que da saber que el fin era su propia dignidad, porque, como había leído en uno de esos fabulosos libros que le había pasado Dereck, según una cita de Mahatma Gandhi: «En cuanto alguien comprende que obedecer leyes injustas es contrario a su dignidad de hombre, ninguna tiranía puede dominarle.» Y eso exactamente era lo que le pasaba ahora a ella. Lucharía hasta el final con el propósito de obtener lo que a ella le parecía justo.

Estaba tan ensimismada en sus pensamientos que no se enteró de que Dereck le estaba llamando hasta que este levantó la voz para llamar su atención.

—¿En qué andas distraída? —le preguntó sonriente.

—Analizando la situación. Creo que como no sabemos hacernos comprender bien, no solo vamos a tener al Gobierno y a TEFUCO en contra, sino a toda la población de Gaia.

—Sí, debemos ser claros al exponer nuestra reivindicación y a la vez contundentes ante el Gobierno.

—¿Habéis aclarado algo?

—Sí, me ha costado un poco explicar tu sugerencia y que captaran lo que debíamos hacer, pero al final lo han entendido y están de acuerdo.

—Bien. ¿Para cuándo?

—Hemos decidido que sea el sábado próximo. Por supuesto, cada grupo lo hará en su continente. Si lo hacemos entre semana muchos no vendrán por no faltar a sus estudios. Nos dedicaremos entre semana a intentar paliar lo máximo posible el desaguado que hagan en la red.

## Capítulo 9

Durante el resto de los días que faltaban para llegar hasta el sábado, Atena estuvo nerviosa. Ella era la que había planeado esa acción, era su idea y se sentiría responsable si le pasaba algo a alguien durante la concentración, no se lo perdonaría a sí misma en la vida, pero a la vez deseaba que tuviese un gran éxito y acudiese mucha gente a la convocatoria.

Por otra parte controlaba internet todo el tiempo que podía para detectar lo antes posible si la bloqueaban a ella. Dereck le informaba todos los días sobre los problemas que estaban teniendo otros jóvenes para conservar su identidad.

El jueves, Alex se puso en contacto con ella para informarle de que sus padres habían vuelto a comentar sobre el tema y su padre había dicho que el presidente de TEFUCO estaba muy enfadado y tenía sed de venganza porque lo consideraba una afrenta hacia su empresa.

De inmediato se puso en contacto con Dereck y le transmitió la información.

—Creo que ha llegado el momento de volver a pedir una reunión con la presidenta. El sábado haremos la petición.

—Sí, creo que será lo mejor.

—¿Habéis decidido qué tipo de reivindicación hacer?

—Sí. Aquí será una reunión frente al edificio del Gobierno que está en la plaza de La Alianza y en las ciudades de los otros continentes será frente a las distintas delegaciones del Gobierno.

—Podemos publicar en las redes el motivo de las reuniones y la petición de una cita con la presidenta. A lo mejor, incluso, conseguimos que se nos una más gente.

—Difícil, pero no imposible. La reunión será a las once de la mañana. ¿Paso a recogerte a las diez? Podría dejar mi coche en tu casa e ir andando juntos. Desde tu casa está cerca, ¿no?

—Sí, sí. Está muy cerca. Me parece genial.

—Cuando tengamos acordado el mensaje que colgar, te lo pasaré.

—Ok.

—¿Estás nerviosa?

—Nerviosa es poco, Dereck. Parece que tengo un nido de mariposas en mi estómago y las manos me tiemblan tanto que me cuesta teclear algo con coherencia en clase. Casi borro más que escribo.

El joven soltó una gran carcajada.

—Pues no te extrañes de tener esos síntomas. Me has descrito a mí mismo. Yo estoy igual.

El viernes por la noche, mientras cenaban, decidió hablar con sus padres y contarles lo que estaba pasando y lo que iban a hacer al día siguiente. Una vez que concluyó con el relato de los hechos, sus padres se quedaron en silencio mirándose fijamente. Al final su madre rompió el silencio.

—Atena, te lo advertí. No iba a ser fácil enfrentarse a los más poderosos de la nación.

—Mamá, es lo que hay. No os lo he contado para que me hagais reproches. Lo que me digas, ya lo sé. Os lo cuento para que estéis prevenidos.

—¿A tanto piensas llegar?

—Hasta el final. Os lo dije. Y vosotros me dijisteis que estaríais conmigo.

—Y lo estamos —intervino su padre—. Pero no podemos dejar de ser padres y no preocuparnos por ti.

—Mañana estaremos allí también, ¿verdad, Eric?

—Por supuesto.

—¡No! No quiero que esto os perjudique. Papá, tú tienes por delante las celebraciones del aniversario del GUÍA. No puedes involucrarte en esto. Por favor, no vayáis.

—Nena, no pueden hacernos nada. A nosotros no. Además, para mí lo más importante eres tú. Estaremos allí para apoyaros.

Atena no pudo evitar que se le escapasen unas lágrimas de sus ojos.

—¡Sois los mejores! —exclamó levantándose de la silla para darles un abrazo y un beso a cada uno.

El sábado Dereck llegó puntual. Al momento de pasar su pulsera de comunicación por el escáner de la puerta de la vivienda de la joven, esta se abrió apareciendo ante él Atena junto a los que debían ser sus padres. La joven se los presentó y cuando se despidieron de ellos, la muchacha les dijo:

—Allí nos vemos. Hasta luego.

Cuando ya se habían alejado algo de la casa, Dereck le preguntó:

—¿Es que van a ir tus padres?

—Sí. Van a estar allí para apoyarnos.

—¡Caray, Atena! Esto sí que no me lo esperaba. Ojalá pasase con todos los padres, pero a la mayoría nos pasa lo contrario por culpa del GUÍA. Tienes una suerte tremenda.

—Sí. La verdad es que todo esto me ha hecho, aparte de conocerme mejor a mí misma, conocer también mejor a mis padres y son estupendos.

Atravesaron el parque cercano a la casa de Atena, traspasaron el puente que permitía cruzar el riachuelo cercano y cogieron luego la Gran Avenida de la Unión.

—Cuando quieras puedes publicar el mensaje. Desde hace una hora se está colocando en diversas redes para convocar a todo el mundo. Cada poco tiempo comprobamos si sigue o lo han borrado y si es así, lo volvemos a publicar.

Atena elevó su brazo y se puso a contribuir en la difusión del mensaje programado. Era escueto y claro: «Se convoca a todo aquel que apoye la eliminación de la obligatoriedad de la ley de inserción del programa GUÍA a una reunión a las 11 de la mañana frente al edificio del Gobierno situado en la plaza de La Alianza para solicitar una cita con la presidenta del Gobierno».

Según se iban acercando al edificio del Gobierno, fueron dándose cuenta

de que poco a poco se iban incorporando a la avenida más y más jóvenes. Desde la salida del metro también llegaban muchos más y cuando llegaron a la plaza donde estaba el edificio, el gentío era impresionante. Cientos de jóvenes, pero también decenas de adultos, conversaban los unos con los otros mientras controlaban sus dispositivos de comunicación, se suponía que para ir verificando lo que se cocinaba por las redes y para publicar el mensaje acordado.

—Menos mal que hemos elegido esta plaza. Es lo considerablemente grande para que quepa todo este gentío —comentó Dereck asombrado.

En cuanto Dereck y Atena entraron en la plaza, un grupo de jóvenes, al verlos, les señalaron y en tropel se dirigieron hacia ellos. Entre los jóvenes, Atena pudo distinguir a Peter, Lina, Stefano y Sheila.

—¡Dereck! —exclamó Peter en cuanto estuvo cerca—. ¿Has visto cuanta gente? ¡Va a ser un éxito de convocatoria!

—¿Ahora qué se supone que tenemos que hacer? —inquirió Lina.

—Pues la verdad es que no tengo ni idea, Lina. Estaba convencido de que la gente se iba a rajarse y que iba a ser un fracaso.

—¡Pues sí que venías tú con buenos ánimos! —exclamó Stefano.

—Ya ves. Pensaba que una cosa era pedir colaboración por la red y otra con presencia física. A esto no estamos acostumbrados, pero por lo que se ve, lo llevamos en la sangre —argumentó con una sonrisa. Se volvió hacia Atena y le preguntó—: ¿Tú qué opinas? ¿Qué podríamos hacer?

—¡Ufff! Creo que se me han secado las ideas.

—A ver... ¿qué os parece si elegimos a unos pocos de entre nosotros, no sé..., tres o cuatro, para que se acerquen al interior del edificio en representación de todos y presenten nuestra petición?

—Muy buena idea, Dereck, voto por eso —corroboró Sheila.

—Y yo —se sumó Peter.

—Yo también —habló Lina.

—Me parece genial —opinó Stefano.

Al no oír la voz de Atena, Dereck se giró hacia ella.

—Me parece una gran idea.

—¿Quién va? —preguntó Peter—. Yo voto por Dereck.

Tras una breve discusión, al final se acordó que fueran Dereck, Stefano y Atena, inducida por Dereck quien argumentó que ella había tenido la idea de hacer esta reunión y confiaba en ella y en sus ideas.

Dereck pasó su dispositivo por el escáner para abrir las puertas del edificio. Entraron los tres y pudieron ver al fondo del amplísimo vestíbulo un mostrador donde una mujer estaba sentada frente a un ordenador.

Los tres sabían que era la única persona que iban a encontrar en todo el edificio. Se trataba de una ordenanza que se ocupaba de controlar en todo momento el óptimo mantenimiento del edificio. También sabían que esta mujer no les podría dar una cita, pero no tenían otra forma de hacerse ver y oír. Esta forma de pedir la reunión estaba encaminada únicamente a llamar la atención de todo el mundo y presionar de esta manera a la presidenta para que les recibiese.

Cuando llegaron frente a la mujer, esta les preguntó:

—¿Qué es lo que queréis?

—Solo queremos ser recibidos por la señora Presidenta —contestó Dereck.

—Sabéis que eso no es posible aquí. Si queréis hablar con ella debéis solicitar la entrevista a través de la página web y se os dará cita para una videoconferencia.

—¿No podría ponerse en contacto con ella y pedírsela usted para lo antes posible?

—Pues no... eso nunca lo he hecho.

—Pero es que ya le pedimos una cita por la web y no nos han respondido.

—Mire —añadió Atena con contundencia—, avise a la señora Presidenta de que hasta que no nos dé una fecha y hora no nos vamos a mover de la plaza.

—¡Pero joven!

—Ya me ha oído. Póngase en contacto con ella y avísela.

—No pienso hacerlo.

—Pues yo de usted lo haría —sugirió Dereck siguiendo a Atena—, porque podríamos invitar a toda la muchedumbre que hay fuera a que entren y campen a sus anchas por el edificio hasta que nos atienda la señora Presidenta.

La mujer se les quedó mirando dubitativa.

—Por favor, esperad fuera. Saldré cuando sepa algo.

—Saldremos, pero solo un rato. Si tarda, volveremos a entrar.

\*\*\*

Las dos personas que mantenían una videoconferencia en esos momentos no estaban contentas.

—Señora Presidenta, lo que está exigiendo el señor Weiss es extralimitado. No debería transigir.

—Ricardo, sabes que TEFUCO y por ende Aldous Weiss, nos tiene atrapados.

—Pero es que él no puede decidir quién existe y quién no. Si transige, cada vez pedirá más.

—Deja que yo maneje este asunto. Primero quiero saber quiénes son los cabecillas de todo esto. Quiero que mandes unos drones con identificación facial a la plaza donde están congregados y saber quiénes son. También te puedes ayudar de las cámaras que hay por todo el sector.

—Señora Presidenta, acaba de llegarme un aviso de la ordenanza del edificio. Se han personado ante ella tres jóvenes pidiéndole que se ponga en contacto con usted para solicitarle una cita y amenazan con no irse de la plaza hasta que no la tengan.

—Prioridad saber la identidad de esos tres cabecillas. No pienso mover ficha hasta que no la sepa. ¡Que se queden ahí cuanto quieran!

—Eso no le va a gustar al señor Weiss.

—Por ahora lo podemos contener con su exigencia de borrarlos a todos de la red.

—¿Pero va a seguir consintiéndolo?

—¡Ricardo! ¡Basta ya! ¡Obedece!

—Sí, señora Presidenta.

\*\*\*

—¡Madre mía, Atena! ¡Qué temple tienes! —exclamó riéndose Stefano en cuanto salieron del edificio.

—Espero que ella opine lo mismo —apuntó sonriendo.

—Has estado fantástica, Atena —alabó Dereck.

—Gracias. Confío que sirva para algo.

Peter, Lena y Sheila se acercaron para saber qué había pasado. En cuanto les contaron la conversación con la ordenanza, decidieron correr la voz sobre la petición que habían hecho entre toda la gente congregada allí para mantenerlos informados.

Atena vio a sus padres al otro lado de la plaza, entre la multitud de árboles y zonas ajardinadas que la poblaban, conversando con otros adultos. A la joven le preocupaba las repercusiones que esta decisión podría afectarles en sus respectivos trabajos, pero a la vez no podía dejar de sentirse muy orgullosa de ellos.

De repente observaron salir de detrás de uno de los edificios que delimitaban la plaza, unos drones teledirigidos. Vieron cómo se dirigían a la plaza sobrevolando las cabezas de los allí reunidos.

—Nos están observando —apuntó Dereck preocupado.

—No tenemos nada que ocultar —observó Peter.

Los drones permanecieron dando vueltas mientras la gente levantaba sus

cabezas para mirarlos. Al final, terminaron pasando de ellos y formando corrillos comentando lo que se movía por las redes. En estas, había una fuerte marea de mensajes apoyando la petición para que la presidenta se reuniese con los representantes de la gente congregada en la plaza.

La espera se estaba haciendo algo pesada porque no estaban acostumbrados a este tipo de cosas, aunque la forma en que ardían las redes tratando este tema les tenían entusiasmados. Se habían subido videos de la reunión a internet que se estaban convirtiendo en virales en unos pocos minutos.

\*\*\*

—Señora Presidenta, tenemos los datos de los tres jóvenes que han entrado en el edificio del Gobierno —dijo Ricardo Pérez en cuanto la tuvo en pantalla.

—Pásamelos —exhortó ella.

—Ya lo he hecho. Acabará de recibirlos.

La presidenta abrió el archivo y leyó la información que le había enviado su secretario.

—Me sorprende la identidad de la chica.

—Sí. Sus padres, sobre todo su madre, tienen unos cargos importantes y su círculo social es bastante alto.

—Convoca una reunión con dos de estos cabecillas. Solo dos.

—¿Para cuándo?

—Creo que voy a hacerles sufrir un poco. Convócala para el martes a las cinco de la tarde.

—¿Informamos a Aldous Weiss?

—Tú no. Las negociaciones con esta gente son cosa mía. Yo hablaré con Weiss.

—De acuerdo.

\*\*\*

La ordenanza salió del edificio intentando localizar a los jóvenes que habían entrado antes. Cuando los vio se dirigió hacia ellos. A la vez, ellos se habían dado cuenta de la salida de la mujer del edificio y se encaminaron hacia ella. Se encontraron a mitad de camino.

—La señora Presidenta ha accedido en tener una reunión en videoconferencia con dos de vosotros.

—¿Solo dos? —interrogó Dereck.

—Sí. Así me han informado. El martes a las cinco de la tarde se pondrá en contacto con dos de vosotros. Necesito que me deis dos nombres.

El grupo de jóvenes se miraron los unos a los otros. Se cerraron en un corro para hablar entre ellos.

—Creo que Dereck debe ser uno de ellos —enumeró Peter.

Todos asintieron con sus cabezas.

—Y el otro yo diría que fuese Atena. No sabéis lo bien que ha actuado allí dentro, con la ordenanza —argumentó Stefano.

—¿Tú qué opinas? —inquirió Lina mirando a Dereck.

—Estoy de acuerdo con él. Atena me parece perfecta para una reunión con la presidenta.

—Pues entonces decidido —ratificó Sheila.

Le dieron los dos nombres acordados a la ordenanza y esta volvió a su puesto dentro del edificio. De inmediato publicaron en las redes la aceptación por parte de la presidenta de una cita con dos de los jóvenes reunidos. Todos los presentes comenzaron a aplaudir al recibir la noticia a través de sus pulseras de comunicación.

—Dereck —lo llamó Lina en un aparte—. Estoy algo preocupada.

—¿Por?

—Esto de que borren nuestros perfiles de las redes... no sé, Dereck, no me gusta nada. Ya hay muchos jóvenes que han dejado la lucha por culpa de esto.

Y yo, la verdad, como me suceda a mí... mis padres me están presionando.

—Lina, tú debes hacer lo que creas conveniente. Yo no voy a obligar nunca a nadie a que haga lo mismo que yo. Así que, si decides apartarte de la lucha, yo jamás te lo reprocharé y además no por eso dejarás de ser mi amiga.

—Gracias, Dereck, me dejas más tranquila —dijo dándole un abrazo.

Volvieron al grupo que estaba comentando la repercusión en las redes.

—En los continentes se ha reunido menos gente que aquí, pero sin embargo han seguido la nuestra por internet de forma multitudinaria —estaba comentando Peter.

Los corrillos, poco a poco, se fueron disolviendo al haber obtenido lo que pretendían. Los padres de Atena se acercaron hasta ella.

—Cariño, lo habéis conseguido —le felicitó su madre dándole un beso.

—No, mamá, lo hemos logrado entre todos, incluidos vosotros. Sin toda la gente congregada aquí, jamás lo habríamos conseguido.

—Papá y yo nos vamos. Invita a tu amigo Dereck a comer en casa. No me parece justo que ahora tenga que coger el coche para irse a su casa sin tomar nada.

—Vale, mamá. Gracias por pensar en él.

—De nada —se despidió dándole un beso.

Su padre le dio otro y se fueron. Atena se giró hacia Dereck.

—Mis padres te han invitado a comer.

—¡Ah! Vale, bien. Me parece genial.

Dereck mandó un mensaje a sus padres informándoles de que no iría a comer.

—Ahora tenéis que prepararos la reunión muy bien —expresó Sheila mirando a Dereck y a Atena alternativamente.

—Lo haremos esta misma tarde, ¿te parece bien, Atena? —preguntó el joven.

—Claro que sí. Aprovecharemos que estas en mi casa y lo dejaremos más o menos atado.

—Bueno, pues nos vemos por la red.

Y despidiéndose ambos del resto de jóvenes se encaminaron hacia la casa de Atena.

## Capítulo 10

El paseo hasta la vivienda de la joven se le hizo muy corto a Dereck. Le gustaba estar a solas con ella para deleitarse con su voz, su mirada y sus movimientos. Atena abrió la puerta con su pulsera y el espejo de la entrada informó de la llegada de la muchacha y solicitó información del visitante. Dereck conectó su dispositivo sobre el láser del espejo y este absorbió la identidad del joven transmitiéndola a todos los integrantes de la vivienda.

—Pasa, Dereck —le ofreció la joven.

Entraron los dos al salón y se dirigieron a la cocina donde estaban sus padres según la información reflejada en el espejo.

—Hola de nuevo, papá, mamá —saludó Atena.

—Hola, chicos —le respondió Eric.

—Bienvenidos —dijo Minerva.

—Hola señor y señora Sellers.

—Por favor, Dereck, llámanos Minerva y Eric. Tutéanos —aclaró Eric.

—Gracias.

—¿Qué estáis haciendo de comida? —preguntó Atena al verlos ajetreados en la encimera de inducción.

Sobre ella había un par de ollas cuyo contenido olía muy bien.

—Estamos preparando unas berenjenas rellenas de carne y un puré de patatas —explicó su madre mientras removía una de las ollas.

—¡Bien! —exclamó la joven.

—Huele de maravilla —elogió Dereck.

—Gracias. Espero que digas lo mismo cuando lo pruebes —dijo sonriendo Minerva—. Es uno de los platos preferidos de Atena.

El joven la miró y esta lo confirmó agitando su cabeza de arriba abajo con gran ímpetu. Dereck se echó a reír y la joven lo acompañó.

—Nena —dijo el padre de Atena—, si queréis podéis ir al salón hasta que os avisemos para poner la mesa.

—Gracias, papi —le dio un beso y cogiendo de la mano a Dereck lo arrastró hasta el sofá del salón, sentándose ambos allí.

—Bueno, podemos aprovechar para preparar la reunión con la presidenta, ¿no te parece? —comentó Atena.

—Perfecto. Hablemos, pues.

Ambos permanecieron callados un buen rato. Al final los dos jóvenes comenzaron a reírse. Entre risas, Atenas tartamudeó:

—Pero, ¿co-cómo se pre-prepara una re-reunión de de este tipo?

—¡Ni idea! —exclamó Dereck también entre risas.

Cuando consiguieron calmarse, ambos se apretaban el estómago de dolor por el esfuerzo de las carcajadas.

—Yo creo que lo que tenemos claro es la petición que queremos hacerle a la presidenta: derogación de la ley que obliga a implantarse el programa GUÍA, ¿no? —argumentó Dereck cuando consiguió hablar.

—Exacto.

—El resto de la conversación depende de lo que nos diga ella, ¿no te parece?

—Pues sí.

—¡Hale!, pues ya hemos preparado la reunión.

Los dos jóvenes volvieron a reírse a carcajada limpia.

La comida se desarrolló con buen humor por parte de los cuatro comensales y tras ella, los jóvenes se fueron a dar un paseo por el parque cercano a la casa de Atena. Luego localizaron un inmenso roble y se sentaron a sus pies. Dereck apoyó su espalda en el árbol y atrajo a la joven entre sus muslos para que descansase la espalda en una de sus piernas que mantenía con la rodilla doblada.

—Atena, ¿puedo decirte algo?

—¿Tú que crees? Hasta ahora nunca me has tenido que hacer esa pregunta. Me has dicho lo que pensabas sin necesidad de tener mi permiso.

El joven tenía apoyado el brazo en su rodilla levantada y acariciaba el brazo de Atena.

—Ya... bueno... Es que lo que quiero decirte es algo personal...

—Dime... por favor...

—Pues... es que tú me gustas mucho... pero mucho mucho... —susurró Dereck con rostro avergonzado—. Ya sé que es pronto para decírtelo, que nos conocemos desde hace unos días... pero siento que es el momento de decirte que te quiero.

—¡Oh! —exclamó la joven— Dereck, yo siento lo mismo por ti. Sentí una conexión inmediata contigo.

—¿De verdad?

Atena cogió entres sus manos el rostro del joven y le dio un tierno besos en sus labios.

—De verdad.

—¿Y has pensado alguna vez en la posibilidad de que una vez implantado el GUÍA, este no nos eligiese como pareja?

—Es uno de los motivos por lo que no quiero ponérmelo, Dereck.

El joven agachó la cabeza posando sus labios sobre los de ella y rodeándola con sus fuertes brazos.

El martes, antes de tener la reunión con la presidenta, Dereck y Atena conversaban para darse ánimos mutuamente.

—Dereck, habla tú con ella, yo te apoyaré, pero lleva tú la voz cantante, ¿vale?

—Atena, sé que lo harás muy bien, confío en ti.

—Pero es que no confío en esta reunión. He intentado ser optimista pero no lo consigo.

—Esto ya lo hablamos cuando nos conocimos. Si no se intenta, no se puede

conseguir. No caigas en el derrotismo antes de empezar.

—De acuerdo, pero habla tú —insistió con una sonrisa.

En ese momento en sus dos ordenadores sonó la señal de solicitud de videoconferencia. Ambos la aceptaron y apareció ante ellos el busto de la presidenta del Gobierno.

—Buenas tardes —saludó la presidenta.

—Buenas tardes, señora Presidenta —le respondieron.

—Mirad, no hace falta que me expliquéis que es lo que queréis —ordenó con voz cortante, yendo directa al asunto—. Ya lo sé. Os recuerdo que todo el mundo lee las redes sociales y vosotros habéis propagado exhaustivamente vuestras pretensiones.

—Señora Presidenta... —intentó cortarle Dereck.

—¡Silencio! ¡Estoy hablando yo! Como estaba diciendo, sé lo que pretendéis y no lo vais a conseguir. Es innegociable. Jamás conseguiréis que se derogue la ley que obliga a implantarse el GUÍA a los dieciocho años. Voy a seros totalmente sincera, porque, si creéis que luego podréis publicar esta conversación en la red es que no me conocéis. Tengo instalado un inhibidor que impide que quede guardada en vuestros ordenadores. Así que os digo: TEFUCO no va a permitir nunca que esto ocurra y el Gobierno depende demasiado de esta empresa como para ponerse en contra de ella, así que, olvidaros del tema u os veréis en un gran problema. No hay más que hablar. Convenced a los demás para que desistan. No se os va a permitir más volcados de mensajes ni más reuniones. Si seguís con esto seréis eliminados de la red y se os llevará a todos al hemisferio sur. Quedáis avisados. Buenas tardes —y cerró la comunicación.

Atena y Dereck se quedaron un buen rato mirando la pantalla con cara de estupefacción.

—¿Has oído lo mismo que yo? —susurró Atena, conmocionada.

—Me he quedado de piedra. Es muy fuerte.

—¿Qué vamos a hacer?

—Yo no quiero ser responsable de que se exilie a la gente al hemisferio sur.

—Yo tampoco... —reconoció Atena—. Dereck, tenemos que dar marcha atrás. Esto habría que haberse planificado de otra forma. Hemos actuado como jóvenes impulsivos e inocentes, que es lo que somos y este juego es para mayores.

—Sí, tienes razón —confirmó el joven acordándose de la conversación con Lina—. Mandaré un comunicado suspendiendo toda actividad. No sé si me harán caso, pero lo voy a intentar. Tampoco sé qué excusa dar... y la verdad es que ahora mismo no me apetece hablar con nadie de esta reunión. Estoy demasiado indignado, desconcertado, aterrado y un montón de adjetivos más.

—Dereck...

—Dime...

—Yo no quiero ponerme el chip —una lágrima le caía de su ojo derecho recorriendo su mejilla hasta la barbilla.

—Atena, yo cumplo los dieciocho años dentro de quince días.

—¿Qué?! No me lo habías dicho.

—Ya... seguía teniendo esperanzas.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé... de verdad que no lo sé...

Un pitido les anunció que tenían una solicitud de videoconferencia. Ambos miraron el usuario que la solicitaba y se miraron atónitos al reconocer el nombre del secretario de la presidenta.

—¿Qué hacemos? —preguntó Atena.

—Responder.

—Buenas tardes, señor Secretario —saludó Dereck en cuanto apareció el rostro de Ricardo Pérez.

—Chicos, necesito hablar con vosotros.

—Adelante.

—Sé lo que la presidenta os ha comunicado, pero yo necesito informaros

de que no os ha dicho todo.

—¿A qué se refiere?

Miró a Atena.

—Yo conozco a tus padres, Atena, y lamentaría mucho que por mi inactividad, ellos sufrieran.

—Continúe —dijo sorprendida.

—Lo que la presidenta no os ha dicho es que Aldous Weiss ha exigido que vosotros dos, como cabecillas de la revuelta, no solo seáis eliminados de las redes, sino que también seáis exiliados al hemisferio sur.

—Con eso ya nos ha amenazado la presidenta.

—No, no se trata de una amenaza. Vosotros seréis exiliados ya. El resto de jóvenes lo serán si siguen en la lucha.

—¿¿Cómo?! ¿Pero en serio?

—Ya lo creo. No os podéis hacer una idea del poder que tiene ese hombre. Está verdaderamente enfadado con toda esta situación y vosotros vais a ser los que van a ser castigados por fomentarla.

—¿Cuándo? —preguntó Dereck directo a la cuestión.

—No creo que pueda aguantarlo más de tres o cuatro días.

—Pero... ¿qué podemos hacer?

—Yo os aconsejaría que desaparecierais por vuestra propia voluntad. Si os desprendéis del dispositivo de comunicaciones no os podrán rastrear. Lo siento, no puedo hacer nada más por vosotros.

—Gracias, señor Secretario.

—¡Madre mía, Dereck! ¿Qué vamos a hacer?

—He de pensar, Atena.

—Vente a mi casa, por favor, hablaremos con mis padres.

—¿Qué les digo a los muchachos que están esperando saber sobre la reunión?

—No sé, Dereck... Diles la verdad, que ha sido un fracaso, que ha amenazado con eliminarnos de las redes. Yo no nombraría lo del hemisferio sur. Es demasiado fuerte. Di que vas a estar desconectado un tiempo pensando qué hacer y aconseja lo mismo.

—Vale. Eso diré. Mando el mensaje y voy a tu casa.

—Ok.

## Capítulo 11

Atena estaba aterrada. No sabía si contarles toda la verdad a sus padres porque sabía que si lo hacía, sus padres darían la cara por ella y eso supondría el exilio también para ellos. Decidió hablar primero con Dereck para ver que podrían hacer y luego se lo plantearía a sus padres.

Cuando llegó Dereck, Atena lo esperaba impaciente en la acera y se sentaron en un banco del parque cercano a su casa.

—Atena, he pensado lo que voy a hacer.

—¿Tú solo?

—No. Yo te lo voy a plantear y tú decides, ¿vale?

—De acuerdo. Dime.

—He pensado hacer lo que ha sugerido el señor Pérez. De todas formas era algo que ya me rondaba la cabeza que podría hacer si llegaba mi cumpleaños y tenía que ponerme el GUÍA.

—¿Y qué es?

Atena miraba con expectación a Dereck.

—Voy a coger el barco velero de mis padres y surcar los mares buscando mi arrecife de coral. Yo sé que hay muchas islas desiertas donde construir una cabaña y viviré entre el mar y la isla. Voy a cumplir mi sueño y nada me haría más feliz que me acompañases.

Atena escuchó con atención, meditó breves segundos y exclamó:

—¡Sí! ¡Me voy contigo! Yo tampoco quiero ponerme el chip y me encantará acompañarte en esta aventura.

—¿Estás segura? Atena, piénsatelo, no quiero que sea un impulso del que luego te arrepientas. Tienes que tener en cuenta lo peligroso que va a ser. Vas a estar separada de tus padres. Y quizás no volvamos nunca, a no ser que cambien mucho las cosas por aquí.

—Dereck, todo eso que me dices, ya lo sé. Pero también sé que no podría quedarme aquí y cumplir con la ley. Y menos sabiendo que habría tenido la oportunidad de ser libre y lo dejé pasar. —Lo miró con ojos pícaros—. Además, la compañía sería inmejorable.

Los dos jóvenes se arrojaron en brazos uno del otro a la vez. Permanecieron fuertemente enlazados hasta que Dereck le dio un beso en la frente y se separó de ella.

—Vamos a hablar con tus padres. No debemos perder tiempo, tenemos que irnos cuanto antes.

—Escucha —le cortó Atena—. No quiero contarles toda la verdad a mis padres. Los conozco y si les cuento la amenaza que pende sobre nuestras cabezas, mis padres harían todo lo que estuviese en sus manos para evitarlo y eso provocaría que ellos fueran exiliados también.

—Entonces, ¿qué quieres decirles?

—Quiero que piensen que nos vamos por propia iniciativa. Que la presidenta solo nos ha denegado la petición y nosotros hemos decidido no implantarnos el GUÍA y marcharnos juntos porque nos queremos.

—Muy bien, así será. Yo les dejaré una nota a mis padres informándoles de lo mismo.

—Dereck, ¿tú crees que podremos volver alguna vez de extranjis?

El joven le pasó un brazo por sus hombros y la acercó hacia él.

—Lo intentaremos, Atena. Te juro que haré todo lo posible para que cada cierto tiempo puedas ver a tus padres. Ellos también se lo merecen. Supongo que si no tenemos conectados los dispositivos de comunicaciones no será fácil localizarnos, pero primero habrá que dejar pasar un tiempo para ver cómo reaccionan. Poco a poco, Atena...

En cuanto llegaron a la casa de Atena, esta convocó a sus padres a una reunión en el salón. Sus padres, según iban escuchando lo que habían decidido los dos jóvenes, les iba cambiando el gesto de la cara. Minerva terminó

llorando con el rostro entre las manos y su padre tenía una mueca de enfado que jamás había visto en él.

—Mamá, no llores. Es lo que deseo hacer. Es mi felicidad. Además no nos vamos para siempre. Volveremos a menudo a veros. No os preocupéis. Encontraré la forma de haceros llegar información sobre nosotros. Te lo juro.

—Pero Atena, sois tan jóvenes, te queda tanto que hacer en la vida...

—Y lo haré, pero a mi modo y lo que yo quiera hacer, no lo que me obliguen a hacer —miró a su padre—. Papá, quiero que seáis felices por mí. Yo soy feliz con la decisión que he tomado. Voy a vivir una gran aventura.

—Nena, te vamos a echar mucho de menos.

—¡Y yo a vosotros! Pero, a ver, ¿qué pasaría si me casase y me fuese a vivir a un continente lejano? Pues más o menos es lo mismo, ¿no? —argumentó con una amplia sonrisa.

—Está bien, ¿Cuándo os vais a ir?

—Pasado mañana —anunció Dereck.

—¿Tan pronto?! —exclamó desconsolada Minerva.

—Sí, mamá. Dereck está próximo a cumplir los dieciocho años y debemos irnos ya.

—Minerva, Eric, quiero que sepáis los dos que voy a cuidar de vuestra hija lo mejor posible.

—Eso no lo dudamos, Dereck —otorgó Eric—. Si mi hija te ha elegido, por algo será. Siempre he confiado en ella y en sus decisiones.

—Quería pedir os un favor.

—Di, hijo.

—¿Pasado mañana podríais llevarnos al embarcadero donde está el barco en el que nos iremos?

—Por supuesto. No querría que fuese de otra forma.

Atena y Dereck dedicaron el tiempo restante hasta el momento de zarpar, en hacer los preparativos necesarios incluyendo un buen arsenal de víveres, agua

potable, semillas y herramientas para una larga temporada ayudados por los padres de la joven.

La víspera de su marcha, Atena, después de darle un montón de vueltas en la cabeza, decidió hablar con su amigo Alex, pero quiso hacerlo en persona y quedó con él bajo el ficus en el que se encontraban habitualmente.

Mientras lo esperaba, se sentó en el césped y nerviosa se puso a arrancar hojitas. Se quedó absorta pensando en que, posiblemente, iba a ser la última vez que iba a ver a su queridísimo amigo. De repente, notó que alguien se abalanzaba sobre ella y la tiraba sobre el césped. Enseguida se dio cuenta de que era él. Alex. Sin poder reprimirse se abrazó a él con fuerza y rompió a llorar en fuertes sollozos que le hacían temblar todo su cuerpo.

—Atena, cariño, ¿pero qué te pasa? ¿por qué lloras de esta manera?

La joven no dejaba de llorar rodeando el cuerpo de Alex a la vez que él la envolvía con sus brazos. Comenzó a acariciar su cabello para intentar calmarla.

—Por favor, tranquilízate. Me estás poniendo muy nervioso sin saber lo que te ocurre. ¿Ha pasado algo malo?

Lentamente, Atena fue dejando de temblar y sus sollozos se fueron apaciguando hasta que consiguió apartarse de su amigo y se restregó los ojos limpiándose las lágrimas.

—Perdóname, Alex, pero no he podido contenerme.

—¿Pero qué es lo que te pasa?

Atena lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Primero tienes que prometerme que jamás comentarás con nadie lo que voy a decirte. Espera, espera —continuó la joven ante el gesto que hizo él—. No estoy desconfiando de ti, Alex. Solo quiero explicarte que lo que te voy a contar es algo que jamás podrás hablarlo. Jamás. Y te pido que seas sincero y que si crees que no vas a poder hacerlo, mejor que me lo digas y yo no te hago partícipe de mi secreto.

—Atena, de verdad que me molesta mucho que me preguntes eso.

—Lo siento, pero tenía que hacerlo —Cogió aire y con brusquedad le espetó—: Me voy.

—¿Qué te vas? ¿A dónde?

—Lo siento, pero no puedo decírtelo...

Alex se restregó la cara con las manos sin comprender nada.

—Por favor, Atena, habla claro.

Al final, la joven logró tomar fuerzas suficientes para explicarle todo a su amigo. Lo dijo todo de corrido, sin parar casi ni a respirar y cuando concluyó, Alex estaba blanco como el papel.

—Escucha con atención, Alex. Mis padres creen que nos vamos por voluntad propia, porque no queremos insertarnos el GUÍA y quiero que siga siendo así siempre. No quiero que se enfrenten a la Presidenta ni a TEFUCO. El único que va a saber por qué nos vamos, vas a ser tú.

—¿Pero eso quiere decir que no vamos a volvernos a ver? —inquirió el joven con voz desconsolada.

A Atena se le hizo un nudo en la garganta. Era el momento que más temía. El del reconocimiento en voz alta de la despedida para siempre de su amigo.

—Yo quisiera que no fuese así, Alex, pero será lo más seguro.

—¿Pero a tus padres tampoco los volverás a ver?

—Les he prometido que intentaré ponerme en contacto con ellos cada cierto tiempo.

—¿Y por qué conmigo no?

—Alex, no quiero ser un problema en tu vida.

—No, no, Atena, te equivocas, para mí sería un grandísimo problema si no vuelvo a saber nada de ti. Por ahí no paso. Prométeme que harás lo mismo conmigo.

Atena sentía en sus propias carnes la angustia que estaba sintiendo su querido amigo. Se lanzó contra su pecho y se fusionaron en un fuerte abrazo. Las lágrimas comenzaron a brotar de los ojos de los dos jóvenes. Así permanecieron durante un largo tiempo.

—Prométemelo —susurró Alex en el oído de Atena.

—Te lo prometo —le contestó en otro emotivo susurro.

El día previsto para irse había llegado. Atena y sus padres recogieron a Dereck en su casa y se fueron hacia el embarcadero. Durante todo el camino, Eric y Minerva no dejaron de darles toda clase de recomendaciones que los jóvenes aceptaban con atención. En el embarcadero les esperaba todo lo que habían decidido llevarse y que habían mandado allí con una agencia de transporte.

Cuando Atena y sus padres vieron el velero se quedaron asombrados. Era un barco realmente hermoso y más grande de lo que se habían imaginado. Tanto por dentro como por fuera estaba muy bien equipado, amplio y nuevo.

—Dereck, ¿estás seguro de que podréis manejar este barco entre los dos solos? —preguntó Eric.

—Por supuesto, yo solo puedo hacerlo y hasta que enseñe a Atena a ayudarme, así será. Es un barco último modelo, mis padres vendieron el que tenían antes y compraron este nuevo el año pasado, y cuenta con la última tecnología en navegación. Está casi todo automatizado.

—Chico, ¿no se enfadarán tus padres por llevártelo?

—No os preocupéis, la verdad es que a ellos no les gusta demasiado navegar, lo hacían por mí. Ahora ya tienen la excusa para no hacerlo —concluyó sonriendo.

Lo metieron todo en el barco entre los cuatro y luego ayudaron a Dereck a prepararlo para zarpar. Cuando ya estuvo todo listo, los dos jóvenes se quitaron las pulseras de comunicación y las apagaron.

—He quitado el chip localizador para que nadie pueda rastrearnos, así que nos llevaremos los dispositivos, pero estarán apagados. Solo los encenderemos en casos extremos, ¿de acuerdo? —inquirió Dereck.

—De acuerdo —contestaron Eric y Minerva.

Atena abrió los brazos para abarcar con ellos a sus padres y los ciñó a los

dos. No quería llorar delante de ellos. Quería que se quedasen con una imagen feliz de su hija, pero le estaba costando una enormidad contener las lágrimas. Intentó tragárselas y hasta que no se le pasó la congoja no se separó de ellos. Recompuso su rostro y estiró sus labios en una amplia sonrisa antes de que le viesen la cara.

—Mamá, papá, sed felices, por favor. Pensad que yo voy a serlo y que si me entero de que vosotros no lo sois yo voy a dejar de serlo —la joven se rio—. Esto ha sonado como un galimatías, pero vosotros sabéis lo que quiero decir —los achuchó y besó a ambos repetidas veces—. Os quiero, os quiero, os quiero. Sois los mejores padres del mundo, así que no podré estar lejos de vosotros mucho tiempo. Volveré pronto, ya lo veréis. No tendréis tiempo para echarme de menos.

—Ya te echo de menos, nena —dijo su padre.

—¡Exagerado!

Sus padres le dieron un montón de besos hasta que consiguió desasirse de ellos. A su madre le rodaban gruesas lágrimas por las mejillas y a su padre se le notaba que intentaba por todos los medios que las lágrimas que se le agolpaban en sus ojos no se desbordaran de ellos. Atena pasó sus manos por el rostro de su madre limpiándole las lágrimas a la vez que la acariciaba. No era necesario decir nada más. Se apartó de ellos y dejó que abrazaran y besaran también a Dereck.

—Cuidaros, por favor —dijo Eric como última recomendación.

—Os queremos. Volved pronto —fue lo último que dijo Minerva.

El matrimonio bajó del barco, Dereck quitó la pasarela y Eric desató las amarras. Todo estaba listo. El joven inició la maniobra para salir del embarcadero y comenzaron a surcar las aguas del Támesis mientras Atena agitaba la mano despidiéndose de sus padres. Cuando ya no pudo verlos más, la joven se acercó a Dereck que estaba manejando la rueda de timón. El joven, en cuanto la tuvo a su lado, la cogió poniéndola delante de él, con su espalda pegada a su pecho y envolviéndola con sus brazos mientras dirigía el barco. Dando rienda suelta a sus emociones, la cara de Atena se llenó de cristalinas

lágrimas. Dejaba atrás una vida cómoda junto al amor de sus padres para poder elegir su propio futuro. Para quitarse de encima la morriña que ya la estaba afectando se dijo que debía mirar hacia delante.

—Supongo que en cuanto estemos en mar abierto, tomarás rumbo a los arrecifes.

—Has acertado, hacia allí había pensado dirigirme en primer lugar, aunque si prefieres ir a cualquier otro sitio estaré de acuerdo, porque yo ya he encontrado mi tesoro —susurró en el oído de su amor.

FIN

## Agradecimientos

Muchísimas gracias a Agatha Christie, J. R. R. Tolkien, Fiódor Dostoyevski, Carlos de Santander, José Luis Martín Vigil, Lope de Vega, Isaac Asimov, las novelas por entregas del siglo XIX (varios autores), Matilde Asensi, Mario Vargas Llosa, Stephen King, Juan Goytisolo, Rosamond Marshall, Corín Tellado, Arthur Conan Doyle, Alberto Vázquez-Figueroa, J.R. Ward, Pío Baroja, Arturo Pérez-Reverte, Camilo José Cela, Paulo Coelho, Tirso de Molina, Miguel Delibes, Leopoldo Alas (Clarín), Ken Follet, Johanna Lindsey, Tolstói, Julie Garwood, Ildefonso Falcones, Katherine Neville, Lisa Kleypas, Eduardo Mendoza, Antonio Gala y un larguísimo, pero que muy larguísimo etcétera. La lista es interminable, pero necesaria. He crecido con ellos, me han hecho sufrir con las vicisitudes de Tom Builder y su familia, reírme con la comedia de enredos del Siglo de Oro, llorar con las desgracias de los folletines, amar cada página leída, sorprenderme con la imaginación de todos ellos, viajar por las estrellas, beber los vientos por Legolas y Aragorn, en definitiva, disfrutar leyendo. Todos ellos y cientos de autores más, son los responsables de que me gusten todos los géneros literarios y de que yo intente hacer mis pinitos en varios de ellos. Esta vez ha tocado a la ciencia-ficción, quién sabe cuál será el próximo...

Si te ha gustado

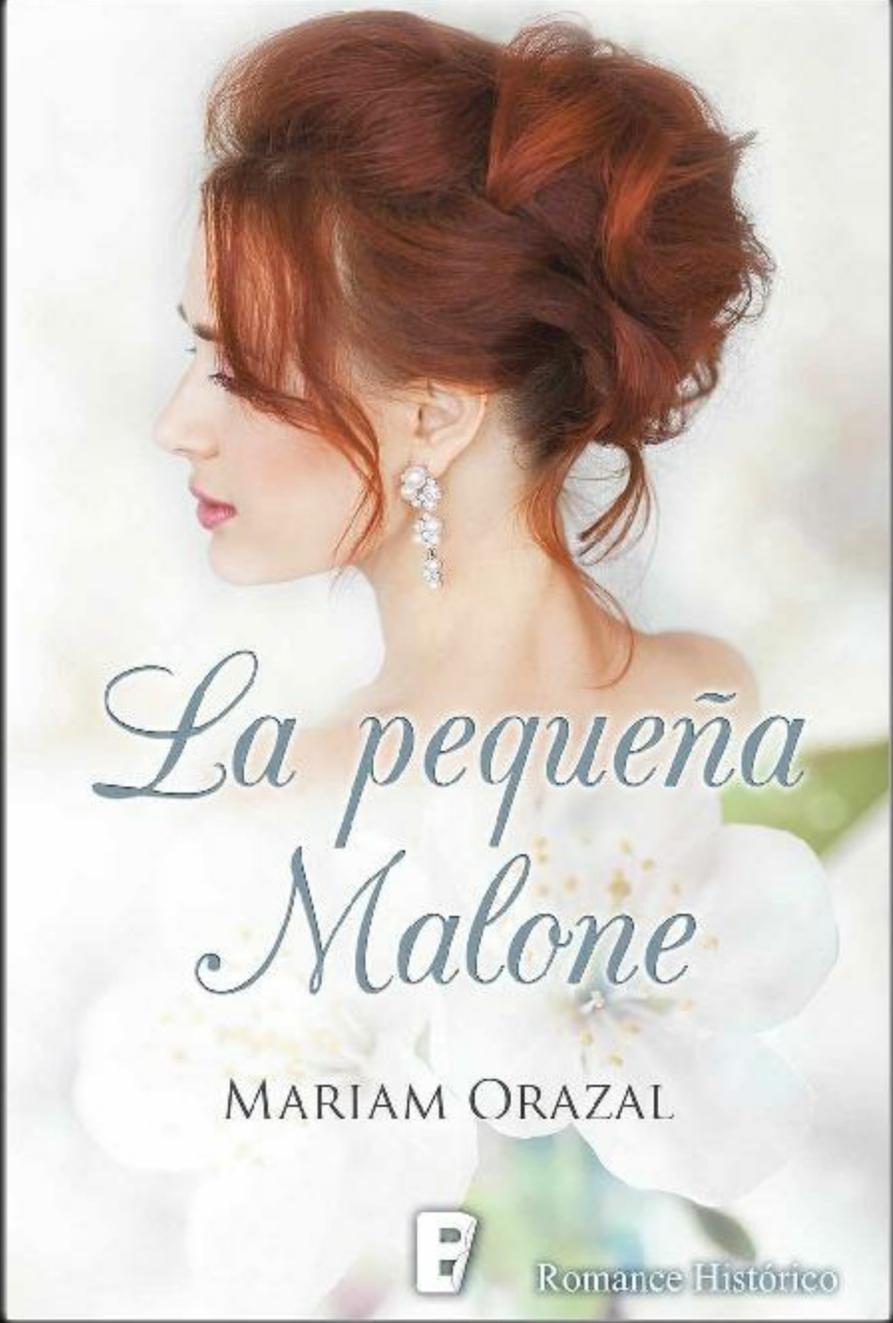
*Libre elección*

te recomendamos comenzar a leer

*La pequeña Malone*

de Mariam Orazal

*Selección RNR*



*La pequeña  
Malone*

MARIAM ORAZAL



Romance Histórico

Capítulo uno

*Londres, mayo de 1813.*

Lauren Malone recordaba el momento exacto en el que, con toda certeza, supo que su padre no la quería.

Fue aquella fatídica noche, dos años atrás, en la que el doctor Lambert les comunicó que no había ninguna posibilidad de que *lady* Holbrook, su madre, sobreviviese a la tisis. Si cerraba los ojos, aún podía sentir con claridad el impacto de esas palabras, el dolor tan desolador que le hicieron sentir en el pecho.

No es que hubiera tenido muchas esperanzas, pues era bien sabido que muy pocas personas superaban la tuberculosis, pero una cosa era tener el vago conocimiento de que algo no tiene solución, y otra muy distinta enfrentarse al borde del abismo, donde podía sentir la pérdida como si fuera una gran losa que la empujaba hacia el vacío.

Lauren soportaba en esos días un cansancio extremo debido a las largas horas que llevaba velando el febril sueño de Aileen Malone mientras aquella odiosa epidemia consumía su último aliento de vida, pero se obligó a levantarse del lecho de la enferma y bajó a buscar a su progenitor para informarle del anuncio del buen doctor.

Durante las tres semanas transcurridas desde que su madre había enfermado, lord Holbrook había permanecido en un discreto segundo plano. Al principio sí que se ofrecía a pasar algunas noches junto a la cama de la enferma, pero a medida que disminuía la lucidez de su esposa debido a la fiebre, la pasividad del vizconde fue aumentando, hasta llegar el punto en el que prefería pasar las noches bebiendo en su biblioteca que junto a la mujer a la que se suponía que había amado.

Y la había amado, de eso a Lauren no le cabía la menor duda, porque los pocos momentos de humanidad que había presenciado en aquel ser distante y arrogante que era su progenitor habían sido en compañía de su perfecta y adorada esposa. De hecho, podría decirse que habían sido una familia feliz hasta aquel día, pues, aunque Lauren no contaba con el afecto de su padre, el matrimonio Malone había sido uno muy bien avenido, y ella había recibido

todo el amor que una madre puede dar a su hija.

Con paso dubitativo y con el dolor apelmazando su alma, Lauren entró esa noche en la atmósfera lóbrega y cargada en que se había convertido la biblioteca desde que su padre comía, bebía y pernoctaba allí.

Lo encontró desparramado sobre el sillón, frente a una chimenea que nadie se había ocupado de mantener encendida y con el sempiterno vaso de licor colgando de forma despreocupada de su mano.

—El galeno dice que deberíamos despedirnos de madre... —le anunció Lauren con una voz rasposa, fruto de su intenso cansancio—. Duda que sobreviva a esta noche.

Lord Holbrook no mostró ningún signo de haber escuchado a su hija. Permaneció con gesto ausente, mirando el hueco vacío de la chimenea sin mover un solo músculo.

—Padre... —insistió Lauren.

—Ya te he oído —replicó él.

Gideon Malone balanceó su rechoncho cuerpo hasta ponerse de pie y, sujetándose con una mano al marco de la chimenea, terminó de beber con tranquilidad el contenido de su vaso.

Era un hombre no muy alto y con signos visibles del absoluto descuido que ponía en su persona. Tenía el pelo de un castaño medio con algunos bucles en la parte posterior y un ligero asomo de calvicie en la frente, que se había ido extendiendo con la madurez. Los ojos eran verdes, aunque con una especie de humor acuoso que nunca los había hecho particularmente bonitos. La nariz era chata y los labios finos. No podría decirse que tuviese un rostro apuesto, aunque a Lauren le constaba que en su juventud había tenido el atractivo suficiente para enamorar a su madre.

De él había heredado la forma ovalada del rostro y la complexión más bien robusta para una jovencita, que convertían a Lauren Malone en lo que, con eufemismo incluido, venía a llamarse una mujer voluptuosa; lo cual quería decir que era pechugona y culona: dos rasgos infinitamente odiados por ella.

Cuando lord Holbrook dio por terminada la ingesta de alcohol, dejó el vaso

sobre la repisa de la chimenea y se dio la vuelta para salir de la estancia. Pasó junto a su hija, se detuvo y la observó por unos instantes. Sin énfasis, sin pasión, sin ningún tipo de emoción, le dijo:

—Si al menos hubieras sido un niño, me quedaría algún motivo por el que vivir. Pero no, hasta en eso tuviste que decepcionarme. Vete a dormir o a donde quieras. Yo me quedaré con ella.

No era que antes de aquel momento Lauren no hubiese advertido la falta de afecto que le profesaba aquel hombre distante que vivía con ella, pero siempre se había consolado con la certeza de que lord Holbrook era una persona carente de emociones alegres, poseedor de un carácter tosco, grosero e introvertido.

Se había convencido de que aquel comportamiento no tenía nada que ver con ningún tipo de aversión hacia ella, sino que se trataba de algo que su padre no podía controlar, que era connatural a su forma de ser. Una cáscara dura y amarga que solo su madre, una frágil pero valerosa hija de un conde irlandés, había conseguido penetrar.

Tantos años de autoengaño la habían dejado indefensa para asumir la cruda realidad que, expresada de una forma tan descarnada y cruel, hizo que el corazón de Lauren Malone se hiciera trizas por segunda vez aquella noche.

Para colmo de sus males, las indicaciones ladradas por el susodicho antes de salir le habían impedido volver a la habitación de *lady* Holbrook, por lo que no pudo volver a verla sino hasta la mañana siguiente, cuando ya había fenecido y escuchó decir al mayordomo que había venido un pintor para realizar un retrato de su madre muerta.

Al dolor, se unió el espanto. El acto de inmortalizar en una imagen a un ser querido que ha partido hacia la otra vida le parecía algo macabro e innecesario, pero nada coherente se podía esperar de un hombre que debía tener más alcohol que sangre en sus humores.

De modo que Lauren había esperado hasta que aquel siniestro pintor que portaba un lienzo y un maletín saliera de la habitación con el dichoso retrato, para poder al fin despedirse de la mujer que había sido el referente y la guía

durante toda su vida.

La distancia que se había establecido entre padre e hija a partir de aquel funesto día era algo que pesaba en su corazón, aún dos años después.

De manera gradual, su relación se había ido volviendo más fría e impersonal: ya casi ni se hablaban.

Era más, tras la muerte de la señora de la casa, lord Holbrook ni siquiera se molestaba en camuflar el desprecio que sentía por su hija en cada mirada.

Al principio, el dolor por la pérdida de su madre era tan profundo y pesado que ni siquiera notó este distanciamiento, y, cuando la herida hubo curado, Lauren no tuvo paciencia para seguir sufriendo por ese desapego de su progenitor. Asumió los hechos y continuó adelante, evitando en la medida de lo posible cruzarse en su camino o incomodarlo en lo más mínimo.

Lauren guardó el tiempo oficial de luto —un año y un día— y después retomó, tal y como había sido el deseo de su madre, su lugar en la vida social londinense.

Durante aquel periodo de duelo y reflexión se había esforzado al máximo por mejorar sus habilidades sociales. Dejó a un lado su afición por los libros clásicos, que llenaban las estanterías de la mansión, y leyó todas y cada una de las guías de comportamiento para damas inglesas que cayeron en sus manos. Lauren pulió su postura, su forma de caminar y de expresarse, e hizo, en definitiva, todo lo que estuvo en su mano por perfeccionar sus dotes casaderas, pues visto el abandono paternal que sufría, supo que nadie la respaldaría cuando tuviese que volver al mercado matrimonial.

Sin embargo, y aunque pasó más de una temporada entera apartada de aquel mundo, gracias a su relación con la familia del conde de Haverston, no se vio tan sola como había esperado, y cuando volvió a las fiestas y veladas pudo hacerlo con la dignidad suficiente, aunque su guardarropa hubiese sido abandonado de manera irresponsable.

En esa turbulenta ignorancia hubieran seguido padre e hija por toda la eternidad si ese hombre descerebrado no hubiera tomado el camino de decadente destrucción que los había situado en el punto de mira de dos

jugadores de póker profesionales con muy malas pulgas y un negocio de extorsión en pleno auge.

Cuando Lauren tuvo conocimiento de que su padre se estaba jugando toda la fortuna familiar en las mesas de juego, ya era tarde para poner a salvo el poco dinero que hubiera podido garantizar el nivel de vida que llevaban: estaban arruinados.

La servidumbre tuvo que ser despedida —excepto Hannah, quien había sido doncella de su madre y de la propia Lauren, y que se había negado categóricamente a dejarla sola—, y el mantenimiento de la casa tuvo que financiarse con la pequeña asignación que sus abuelos maternos le mandaban cada mes desde Irlanda.

Durante los últimos seis meses habían sobrevivido así, pero desde hacía dos semanas... todo se había ido al garete.

Lord Holbrook estaba descontrolado, enajenado; había empezado a apostar dinero que no tenía.

Cuando dos matones profesionales se presentaron una noche en su casa, la empujaron y toquetearon, y además amenazaron con mancillarla si su padre no liquidaba las dos mil libras que debía, no le quedó más remedio que tomar cartas en el asunto.

Así fue como, a la postre, la honorable señorita Lauren Malone —quien había sido rechazada, despreciada y odiada sin motivo aparente por quien le dio la vida— se convirtió en guardiana y defensora de la integridad física de su padre; así fue como terminó vestida de ladrona y asaltando carruajes por los polvorientos caminos de Londres.

¡Una asaltadora de caminos! ¡Ella! La sencilla y correcta «honorable señorita Lauren Malone», quien siempre se había conducido por la senda del decoro y las buenas formas, quien había hecho de la decencia y la honradez un manto con el que cubrirse a fuerza de mucha voluntad.

Aún le costaba creer que hubiera terminado envuelta en aquella aventura de atracar a señoras de la alta sociedad para arrebatárles sus joyas y obtener el dinero que libraría a su padre de una paliza y a ella de un destino aún mucho

peor.

Había que decir, en descargo de Lauren, que la idea no había sido suya. Oh, no. Ella, modosita como era, no hubiera imaginado ni en mil vidas una solución así. La prodigiosa estrategia había nacido en la maquiavélica mente de su mejor amiga: *lady* Megan Chadwick.

Megan era su alma gemela, si es que tal cosa podía existir entre dos mujeres tan contrapuestas.

La hija del conde de Haverston era una joven valerosa, dotada de unos principios inquebrantables entre los que destacaban la lealtad, la bondad y la compasión. Era una mujer incomparable, con una belleza clásica que desbordaba y que conquistaba a todos los que la conocían.

Lauren la admiraba de una forma honesta y sin resentimientos. Si sentía algo de envidia, era de forma afectuosa y sincera. Megan no merecía otra cosa que su devoción y eterno agradecimiento, pues no solo había sido la mejor amiga que se podía imaginar, sino también su protectora y benefactora.

Nunca, jamás, ni aunque viviese cien años, tendría el tiempo o la capacidad para devolverle todo el cariño y la ayuda que le había prestado tan desinteresadamente a lo largo de su vida.

Megan —junto con su doncella, Hannah— era todo lo que tenía en la vida tras la muerte de su madre. Y, además, por fortuna, era un afecto correspondido.

La prueba más evidente de ello eran los extremos a los que estaba dispuesta a llegar su mejor amiga para salvarla de la ruina social a la que se enfrentaba si el resto de la ciudad, y de Inglaterra (porque un aristócrata arruinado era un escándalo de proporciones nacionales), se enteraba de la calamitosa situación que vivían los Malone.

Aquella noche en que fue maltratada por dos crueles e impíos estafadores, *lady* Chadwick tomó de una manera formidable las riendas de la situación:

—Consentir que te maltraten... —había farfullado Megan con desprecio mientras se paseaba por la biblioteca—. No merece que hagamos el más mínimo esfuerzo por salvarlo.

—¿Salvarlo? ¿Nosotras? —Lauren se había mostrado incrédula al principio, a pesar de conocer de sobra los alcances de su mejor amiga.

—Sé lo que hay que hacer. Esos hombres no van a descansar hasta que consigan su dinero, Lauren. ¿Y cuánto tiempo crees que tardará en difundirse el rumor de que a tu padre lo persiguen sus acreedores? Ese hombre os encamina directos a la ruina. No podemos consentirlo.

—¿Y qué podemos hacer nosotras?

—Pues conseguir ese dinero, Lauren, conseguir cada maldita libra...

Megan no solo elucubró un plan para conseguir el dinero que necesitaban para pagar las deudas de juego de lord Holbrook, sino que, para redondear el sacrificio, la acompañó en todos y cada uno de los atracos que había perpetrado. Aunque, a decir verdad, había llevado la voz cantante.

Por tanto, había que convenir que no solo se había echado a perder a sí misma, sino que había arrastrado consigo a una de las jóvenes más cotizadas de Londres, y todo para salvar de la más absoluta ruina—y de una paliza monumental— a un hombre que ni siquiera lo merecía.

Y lo habían hecho. Habían conseguido las dos mil libras gracias a las joyas que habían robado a tres señoras de la alta sociedad londinense y a un conocido aristócrata. Las habían intercambiado por dinero en una casa de empeño y se lo habían dado a lord Holbrook para que liquidase su deuda.

¿Se lo había agradecido él? Desde luego que no. ¿Se había controlado desde entonces? ¿Se había mantenido lejos de las mesas de juego? No, no y no. Había vuelto a apostar; llegando incluso a sobrepasar sus posibilidades de pago.

Esa vez, lord Holbrook había firmado pagarés por miles de libras a esos mafiosos, exponiéndose a una segura estadía en la cárcel de deudores.

El momento en que tuvo conocimiento de esta nueva desgracia probablemente quedaría grabado en su memoria para siempre: se había engalanado para la velada musical, que tendría lugar en Haverston Manor, la residencia de los Chadwick, con un precioso vestido de color azul éter que le había regalado Megan —en los últimos tiempos, todos sus vestidos bonitos

procedían de la exclusiva donación de la familia Chadwick, algo que la avergonzaba, aunque no lo suficiente como para rechazarlo. Ella era, ante todo, una mujer pragmática—, cuando escuchó el sonido de cristales rotos.

Entró de manera precipitada en la biblioteca donde pudo comprobar que su padre había estrellado contra la chimenea una botella de licor vacía. Entre hipos y balbuceos le anunció que pronto vendrían a llevárselo a la cárcel de deudores e incluso se atrevió a acusarla de que semejante noticia la haría feliz.

Cuando Lauren perdió su inconmovible compostura y comenzó a reprenderlo por su estupidez, él simplemente la obsequió con toda clase de insultos y la golpeó.

Después de eso, lord Holbrook había salido de la biblioteca y de la casa, y ella se había quedado sentada en el sillón donde su madre leía, con las manos tan frías que suponían un alivio para el calor lacerante que desprendía el costado derecho de su cara, donde su padre había dejado constancia física del desprecio que sentía por su única hija.

Tan solo unas horas después de aquel fatídico episodio, Lauren podía ver pasar por su mente todos los detalles como si fueran una de esas novelas góticas que leía su madre, no por la trama amorosa, sino por el despropósito en que se había convertido su vida.

Primero, la ilusión por la fiesta y por la oportunidad que supondría para verlo a ÉL. Después, el descubrimiento de la catástrofe, seguido de la impronta del odio de su padre, traducido en un bofetón que le había hecho sangrar la ceja y amoratar la mejilla, y, para culminar la noche, otro disparatado plan de rescate de Megan Chadwick.

Porque, cuando Lauren no apareció en la fiesta, Megan apareció en su casa.

La brillante y bondadosa heredera del conde de Haverston la consoló y lloró junto a ella, para acto seguido sufrir un arranque de indignación y negarse en redondo a condescender con el hecho de que los Malone se iban de cabeza a Marshalsea, la cárcel de Southwark donde iban a parar la mayoría de los morosos.

En seguida tuvo un plan en mente: robar (¿cómo no?) los pagarés de la casa del mismísimo Albert Growden, el cabecilla de aquella pareja de jugadores profesionales que tenían a su padre cogido por... el pescuezo.

Pero el plan se había hundido, como todo lo demás. Ella misma se había asegurado de garantizar su fracaso. ¡Robarles a unos mafiosos! Lauren no podía consentirlo. No podía permitir que la heredera de los Chadwick se expusiera a semejante peligro e ignominia.

De modo que había hecho lo único que creía que podría detenerla: le había avisado a ÉL. Y, como no podía ser de otra manera, ÉL las había rescatado.

Y entonces sí que todo se había ido al infierno para siempre. Llegados a aquel punto solo le quedaba una salida. Pero eso tendría que esperar. Todavía le quedaba una prueba que superar antes de dejar atrás su vida y convertirse en otra persona.

Todavía tenía que enfrentarlo a ÉL.